Mundo Argentino



Actrices argentinas: CAMILA QUIROGA

Foto Bixio y Castiglioni

Nº 941

10 centavos en toda la República

Aventuras de Tarantelli y Peteneras

Por LUIS BELLO



SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO
APARECE LOS MIERCOLES

Redacción y Administración:
RIO DE JANEIRO, 262
U. T. 60 Caballito, 1020 al 1029
Dirección Teleg.: "Senyah"

Mundo Argentino

Oficina Central para Avisos y Subscripciones
AV. ROQUE SAENZ PEÑA, 651, 1er. piso
Unión Telefónica 38, Mayo, 2031 y 2032
BUENOS AIRES



LA PUBLICACION QUE MAS CIRCULA EN LA AMERICA DEL SUR

SUBSCRIPCION ANUAL UNICAMENTE

Capital (52 números)	$ 5.— m/n.
Interior "	" 5.— "
Número suelto	" 0.10 "
" atrasado	" 0.20 "
Exterior	" 3.— oro

REPRESENTANTES EN EL EXTERIOR. — En Inglaterra: S. S. Koppe & Co., Ltd. Chronicle House. En los Estados Unidos: S. S. Koppe y Cía., Inc. Times, Building, Nueva York.

AVISOS DEL EXTERIOR.—Se aceptan avisos de cualquier Agencia o Agente de Publicidad de buena reputación. No se acuerdan representaciones exclusivas. La Administración atiende todo pedido de ejemplares y tarifas.

AÑO XIX — BUENOS AIRES, ENERO 30 DE 1929 — NÚM. 941

Notas de la semana

Hasta de los balnearios populares los adinerados desalojan al pobre veraneante

La gente adinerada, huyendo de la promiscuidad con el común de los mortales, encontró para recreo de los veranos insoportables la agradable inmersión en los balnearios aristocráticos. Así nacieron Mar del Plata, Necochea, y todas aquellas playas en las cuales el dinero puso barreras insalvables a la aspiración de los húmildes.

Como compensación para éstos, se crearon esos balnearios municipales, adyacentes a la ciudad, cómodos y baratos, libres de las complicaciones sociales y de los ritos de la moda, como convenía al pueblo que a ellos concurría en tren de recreo. No había la fastuosidad de la rambla del Brístol, ni el exclusivismo patricio de Playa Grande, ni la mediana tiesura que se advierte en la Playa de los Ingleses o en La Perla. Pero había más sencillez, más simpatía, más familiaridad. Los que en esos balnearios se bañaban sabían que no eran potentados, y suprimían los remilgos: ¿qué larguezas podían lucir?

Pero ahora las cosas han cambiado. La gente pudiente encontró muy "chic" las playas de Olivos, Anchorena, San Isidro y San Fernando, y apenas si queda lugar para aquellos a quienes estaban destinadas, con el estiramiento de sus corrillos y la insolencia escandalosa de sus atuendos. ¡Las lindas y sencillas playas domingueras padecen la invasión de esa crema espesa e indigesta que todo lo insensibiliza! Hasta los discretos concesionarios de ayer se han vuelto agresivos, asaltando al desprevenido cliente que pide un inofensivo refresco: exactamente como en Mar del Plata.

Descabelladas pretensiones de los comerciantes de Añatuya

Los comerciantes de Añatuya — una localidad de Santiago del Estero — se han figurado que el país es de ellos, o por lo menos, para su particular y exclusivo usufructo. Sin ningún miramiento hacia la población que los sostiene y favorece, crearon días pasados un conflicto al Intendente Municipal, que afectó a todo el vecindario.

¿Qué querían estos aprovechados mercaderes? De buenas a primeras, elevaron los precios de los artículos de primera necesidad. ¿Con qué motivo? Con ninguno. El lucro no tiene otro motivo de ser que el apresuramiento en la adquisición de la riqueza. Los comerciantes de Añatuya olvidaron que en Añatuya había autoridades y hombres bien intencionados que intentaron abaratar el pan y la carne, contratando con un abastecedor el precio de la una en cuarenta centavos y el del otro en veinticinco, por el término de un año.

La razonable y bien intencionada iniciativa provocó la reacción entre los perjudicados, que se creyeron dueños y señores de la plaza, para imponer los precios que se les antojara. El conflicto adquirió graves proporciones y el Intendente obró con firmeza, en defensa de los intereses de la población. Lo penoso es que no podamos hacer otro tanto en Buenos Aires, donde los comerciantes, como los de Añatuya, llevan su avaricia hasta extremos de intolerable rapacidad, pero con el agregado de insolentarse cuando la voz del pueblo los pone en el aprieto de volver sobre sus pasos.

Si abundan las defraudaciones, ¿quién tiene la culpa?

Decididamente, ninguna moda ha adquirido tan resonante auge entre nosotros como la de las defraudaciones. Ninguna, acaso, tan productiva. Pocas, tal vez, más peligrosas. Sin embargo, algún atractivo tendrán cuando son tan frecuentes, y muy endeble castigo recaerá sobre ellas cuando tantos audaces se resuelven a tentar la suerte con estas incruentas operaciones.

En otro tiempo, hablábamos de la defraudación que estilaban los comerciantes en sus relaciones con el público comprador. Ese sistema ya casi se considera una niñería, comparado con las defraudaciones que sufren los propios comerciantes de parte de sus empleados. Pero es que tampoco las defraudaciones se limitan a las casas de comercio. Diariamente se descubren en las reparticiones administrativas del Estado (fuente inagotable de recursos ilícitos), en los bancos, en las grandes empresas, en las casas de cambio y en los mínimos negocios.

El fenómeno se registra en todas partes, y para explicarlo se recurre a la novedosa aventura de aquel imperecedero precursor, de nombre Jorge Roura, de quien se dice que hizo escuela.

Ya nos va pareciendo excesiva bobería tanta confianza, y palmaria imprevisión tanto descuido en la fiscalización de los dineros. No es una perversión más de la época en que vivimos, sino una desidia imperdonable en los que están llamados a vigilar constantemente las operaciones. Pasan los meses sin una comprobación. Hasta esa falta de responsabilidad invita a irresponsabilizarse del dinero que se abandona en manos pecadoras.

Contradicción con los tiempos heroicos del bandidaje

Hay unos caminos, no muy apartados de Buenos Aires, que recuerdan las más brillantes épocas del bandidaje de todos los países. Nos basta oír hablar de las fechorías que en ellos se cometen, para que de inmediato vengan a la imaginación las legendarias trapacerías de los asaltantes que hicieron célebres los desfiladeros de Sierra Morena, las montañas sicilianas, las llanuras provenzales y aun las propias campiñas argentinas de los tiempos heroicos, huérfanas de ley y autoridad.

Son los caminos del departamento de San Nicolás, en el límite extremo de la provincia, colindantes con Santa Fe. Se habla de una banda perfectamente organizada e impune que hace tiempo mantiene el terror en las carreteras, convertidas, como en los peores tiempos del feudalismo, en materia explotable. Peligroso resulta aventurarse desarmado o sin compañía por aquellos senderos, donde impera el bandido, sin encontrar, de pronto, en el recodo insospechable las siniestras siluetas de los malhechores, prontos al ataque.

Como quien dice, a las puertas de la Capital, se reabre el período de los lances del Far West norteamericano, pródigo en sorpresas y heroicidades. Lástima que vivamos tan alongados de la edad romántica, pues de lo contrario, episodios de esta naturaleza servirían para darnos un relieve pintoresco, y a la vez encantador! Nuestros tiempos son más sobrios y sólo piden para sofocar esos espectáculos desagradables, más vigilancia, más agentes de policía.

Era tiempo de que despertara nuestra aviación

Las declaraciones formuladas a la prensa por el presidente del comité pro vuelo Buenos Aires-Sevilla, no dejan lugar a dudas acerca de la seriedad que preside la organización del vuelo. Haya o no haya cooperación popular para sufragar los gastos que demande el raid, el vuelo podrá realizarse merced a la generosa oferta de entusiastas filántropos, interesados en devolver la visita, pendiente de cumplimiento desde que el glorioso "Plus Ultra" efectuó su empresa, van a hacer ahora tres años.

Era tiempo de que la aviación argentina recobrase su antigua participación en las conquistas aéreas, tan descuidadas en los últimos años, bien por falta de alicientes, bien por carencia de héroes. Lo cierto es que de unos años a esta parte las actividades aeronáuticas en nuestro país han decaído en extremo, si las comparamos con los esfuerzos deslumbrantes de las naciones que marchan a la cabeza.

Congratulémonos de la solución dada al proyecto del teniente Mejía, aun cuando, a nuestro entender, debería ser el Estado, y no los particulares, quien costease el vuelo. Estamos en deuda con España. Una deuda sentimental, si se quiere, que no puede ser ajena a la reciprocidad de intereses y a los afectos que nos ligan con la nación de la cual derivamos, y que ha sido la primera que repitiendo la hazaña fabulosa del descubridor de América, abrió en dos el espacio para traernos el aleteo cordial de sus alas redimidas.

COSAS DEL VERANO PORTEÑO

La mala orientación del teatro y del cinematógrafo

EL verano, como todas las cosas, tiene sus inconvenientes. Aquí, en Buenos Aires, puede citarse entre ellos al "pijama" que como lo dijimos hace dos semanas, es una de las cosas más deplorables que se les haya ocurrido a los porteños, al consagrarlo como prenda ciudadana de vestir. Pero debemos reconocer que el inocente y liviano saquito, que como única coquetería ostenta una serie de bordados alrededor de sus botones, por ser atavío de la intimidad que choca por haberse generalizado en la calle, no puede provocarnos tanto fastidio como otros muchos exponentes del verano bonaerense. Y para referirnos hoy al peor y más pernicioso, es que vamos a ocuparnos de ese teatro y de ese cinematógrafo, que con el rótulo de realismo, cientifismo o arte, ocupa en estos días la mayoría de las salas céntricas de espectáculos.

No puede negarse que el aludido es un hecho más o menos genuino del verano porteño, pues no bien las temporadas estables se clausuran para dar lugar a las justas y reparadoras vacaciones, los empresarios — que no se avienen a conceder descanso a las butacas — arriendan sus locales a los importadores de cuanta película de tendencia pornográfica existe en plaza o a los reanimadores del bataclán "en relâche".

Es en verdad lamentable recorrer la calle Corrientes en estos días y comprobar que en la mayoría de sus teatros sólo se anuncian funciones "no aptas para señoritas".

No es que no consideremos necesaria la divulgación de películas destinadas a educar al pueblo en el terreno de lo científico, pero sucede que, generalmente ese fin se desvirtúa porque se introducen expresiones groseras, que en lugar de despertar la sana curiosidad del espectador inteligente, provocan el interés malsano de quienes no están educados para asimilar lo verdaderamente instructivo. Y esto es lo que ocurre, desgraciadamente, entre nosotros. Al igual que los editores clandestinos, los empresarios sin escrúpulos sólo buscan sacar provecho explotando la pobreza de espíritu del vulgo, que siempre es lo suficientemente numeroso como para llenar las salas donde se le brinda, a bajo precio, la oportunidad de presenciar cosas que para un hombre normal resultan repudiables.

Ya hace dos o tres años, durante la época en que el calor abruma, el realismo y el arte son explotados con muy pocos escrúpulos por algunos empresarios cinematográficos. Pero hasta la fecha sólo se nos habían presentado obras salidas de los estudios extranjeros. A partir de la actual temporada, la industria nacional también ha sabido demostrar que es capaz de hacer cosas de esa índole y nos ha endilgado una película grotesca que tiende también a sacar provecho de las peores existencias sociales. Con su exhibición hemos comprobado — y esto es lo más lamentable — una desviación en la carrera artística de una eximia cantante y de dos o tres distinguidas figuras de la escena criolla. Mal aconsejadas, indudablemente, han prestado su concurso para tan desagradable prueba. No dudamos que el mal efecto que esta película causó y las severas críticas que se hicieron, servirán de ejemplo a las intérpretes y a los demás artistas argentinos para que, en lo sucesivo, no vuelvan nuestros elementos a incurrir en tan grave falta.

El "bataclán" de verano también ha descendido a la pornografía. El género alegre — calificativo que no se explica en manera alguna — desde diciembre a marzo inunda todos los carteles. La procacidad, la falta de ingenio, el mal gusto, son las características salientes de este sistema para obtener dinero mediante la contribución de los incautos.

Además, siempre dentro de la misma desviación, aparecieron este año uno o dos conjuntos para explotar el género de "bulevar" en la estrechez de la calle Corrientes.

Para terminar, habría que decir algunas palabras destinadas a recomendar compostura y pedir de la inspección municipal correspondiente una acción más eficaz en las tareas de fiscalización que le incumben. Pero tememos, como siempre en estos casos, pasar por ingenuos. Únicamente nos queda la esperanza de que el pueblo vaya paulatinamente reaccionando en su favor, de tal manera que, cuando se diga que el nivel medio argentino es superior al de cualquier otra colectividad, no tengamos por qué abrigar duda alguna.

UNA CALLE ABANDONADA



Contados serán los porteños que tengan noticia de la calle Seaver. Sin embargo, existe. Y existe en un lugar céntrico, pues nace en la avenida Alem, entre Carlos Pellegrini y Cerrito, y va a perderse, luego de recorrer unos ciento veinte metros y de subir unos escalones adosados a un viejo muro, en la calle Posadas. Es una calle huérfana, desamparada, sobre la cual ni las autoridades edilicias, ni las obras sanitarias y, creemos que ni las principales compañías de servicios públicos, sabrán dar razón. Por eso sus casas no tienen cloacas, ni aguas corrientes, ni luz. Posee un empedrado primitivo, no recibe la cotidiana visita del recolector de basuras y, como la inspección municipal tampoco se ocupa de ella, los corralones y caballerizas que dan sobre su calzada, se encuentran en las peores condiciones imaginables. La falta absoluta de higiene hace a la calle Seaver comparable a una gran pocilga de apariencia urbana.

Foto Padilla

La educación infantil

Por C. Jacquinet

EN la primera época de la vida del niño la naturaleza es la mejor institutriz; el contacto de las cosas provoca por sí solo todo un mundo de descubrimientos y de observaciones en los niños, y el lenguaje maternal hace lo restante.

Viendo, tocando, oyendo y gustando es como los niños adquieren las primeras nociones del conocimiento, y por la imitación espontánea de ciertos movimientos desarrollan su destreza y su fuerza muscular.

Durante este período, la medula espinal concentra las impresiones que le transmiten los miembros y se pone en estado de poder ejecutar los movimientos de la marcha, de las diversas posiciones del cuerpo, de las acciones de tomar, retener, llevar un objeto de uno a otro lugar y colocarlo, arrojarlo, etc., movimientos todos que necesitan una previa educación derivada de las observaciones del niño.

Todo el arte de los padres consiste, pues, en colocar al niño en un medio susceptible de darle estas impresiones fundamentales; de provocar, sin apresurarse, las lecciones de cosas por las mismas cosas.

Corresponde lógica y únicamente a los padres dar esta primera educación. Todo en la naturaleza nos lo prueba. Ellos solos, con raras excepciones, aman lo suficientemente a los pequeñuelos que pusieron en el mundo para poder comprenderles, y la mejor demostración de esto está en que la humanidad ha subsistido hasta el presente, a pesar de todas las probabilidades de destrucción que la envolvían, incluso uno de los mayores peligros: el de la influencia que han ejercido los diversos gobiernos, religiones y filosofías para falsear los principios naturales e imponer a los padres una línea de conducta en desacuerdo con sus impulsos.

Deudas de honor

Por **Mateo BOOZ**



Confesó, misteriosamente, que si hablaba perdería una importante propina.

El cielo se aclaraba rápidamente, y rodaban por la calzada los primeros ómnibus del día.

Jacinto, que avanzaba por la ancha acera con el paso tardo y los ojos somnolientos, se detuvo frente al restaurante y, luego de una breve vacilación, franqueó la puerta giratoria.

Ocupó una mesa y, sin mirar apenas a los parroquianos que devoraban silenciosamente, con el desmadejamiento de la noche de cabaret o timba, los platos humildes y recios de la cocina italiana, desplegó sobre el mantel el diario recién aparecido. Y cuando descubrió la larga ringla de crucecitas de los avisos fúnebres, fué deslizando lentamente sobre el nombre de cada nuevo difunto la cartulina del menú.

Tal el juego de emoción que Jacinto se reservaba todas las madrugadas. Y esta vez, como todas las anteriores, el prolijo "orejeo" remató en decepción. Ninguno de los nombres de la luctuosa lista correspondía al de su suegro, un respetable señor empeñado en disfrutar de sus setenta y cinco inviernos y en retener su opima fortuna.

La situación de Jacinto era apretada. Separado de su mujer, sin escándalos y hasta sin rencores, prosiguió, ahora con menos embarazo, la vida de noctámbulo empedernido.

Su amor a la luz artificial cifraba el motivo de sus desavenencias conyugales. Si su mujer le tolerara los retornos a la amanecida, no existirían razones para hablar de "incompatibilidad de caracteres". Y, bien visto, era su culpa menos grave que la apariencia: mataba las noches hundido y dormitando en un sillón del club hasta el advenimiento del alba, o ante el balde helado de la mesa del cabaret, indiferente al vaivén de los danzarines y a las féminas que acudían a compartir de su champaña o de sus cigarrillos rubios.

Él mismo comprendía que más saludable y cómodamente estaría en su cama; pero la costumbre, superior a la voluntad, lo disparaba a la calle en seguida de cenar, para reintegrarlo a su domicilio con el nuevo día.

Su mujer, naturalmente, no podía admitir el candor de los programas nocherniegos de su marido; y en sus largas esperas debía imaginárselo la figura protagónica de orgías desenfrenadas.

Así vino la ruptura mediante la intervención del padre de ella, anciano de costumbres inconciliables con las del monstruoso calavera que le tocaba de yerno.

Jacinto amaba, aunque no extremosamente, a su mujer, y sentía por su suegro, a su juicio el verdadero causante de la separación, una creciente malquerencia.

Y pensaba que la madrugada en que leyera el nombre de él, adornado con la consabida crucecita, señalaría el restablecimiento del orden en su vida marital y la cesación de los sinsabores que al presente le acarreaba la escasez del dinero.

Ahora mismo padecía una fuerte preocupación. Debía levantar, sin más demora, un pagaré de dos mil pesos, ya vencido. La suma no la estimaba cuantiosa, pero en el momento no disponía de ella ni su orgullo le consentía gestionarla entre sus relaciones.

Algo, sin embargo, debía intentar, que por penoso que fuera, no sería tanto como el de un protesto de su firma, percance eludido hasta el presente.

¿Cómo salir del atolladero?

La meditación la interrumpió el mozo de servicio, entregándole un sobre.

Desgarró la nema, y a sus ojos sorprendidos aparecieron varios billetes de quinientos pesos y otros de menor valor.

¿Qué significaba eso? ¿De dónde le llegaba esa cantidad de dinero?

Y con los billetes alcanzó a descubrir unas líneas escritas a lápiz: "Pago una deuda de honor. XX."

El lance le resultaba incomprensible. Podía asegurar que no tenía a su favor ni en contra deuda de honor alguna.

Asombrado y caviloso palpaba ese sobre que le llovía del cielo para solucionarle una situación afligente.

Paseó una mirada a su alrededor. Probablemente su incógnito benefactor estaría entre las personas sentadas a esas mesas.

Pero ninguna traía a su memoria recuerdo alguno. Se le antojaban vulgares figuras de trasnochadores.

Si no creyera conocer tan hondamente el corazón de su suegro, habría aceptado el supuesto de que fuese él quien, disimuladamente, le allegaba el oportuno socorro. Pero no provendría jamás de aquel hombre un rasgo de tanta finura sentimental.

La curiosidad podría satisfacérsela el camarero; mas éste confesó, misteriosamente, que si hablaba perdería una importante propina.

Acometido de una cólera repentina y absurda, Jacinto se puso de pie para increparlo.

A este punto allegóse un caballero. Y en la actitud del mozo de servicio, que sonrió y se apartó, adivinó Jacinto que el desconocido, trajeado de riguroso duelo, era su misterioso deudor.

Y al prever que ahora quedaría disipada la equivocación y que en el trance debería reembolsar el dinero, reparó en la torpeza de su conducta.

El caballero demandó permiso, con un ademán, para sentarse a la mesa. Y transcurrido un paréntesis de silencio, que acrecentó la expectativa y también la inquietud de Jacinto, el desconocido discurrió con voz nublada y lenta y sin gestos su cara color caoba.

—Me proponía pagarle esta deuda de honor sin descubrirle mi persona, porque al descubrirme debía confesar la mala acción que un día cometí, y espero considerará usted redimida. Pero desistí observando sus modales enojosos y advertí su derecho de conocer las circunstancias de esa deuda y siquiera la forma física de su deudor.

Jacinto asintió, y el singular caballero, adelantando el busto y descendiendo la voz a un tono confidencial, prosiguió:

—El año 20 fuí a pasar las vacaciones a Mar del Plata.

"Yo no había logrado todavía la fortuna que me desembaraza hoy de las amarguras de la pobreza y me otorga las comodidades de los ricos.

"Contenía mi cartera una cantidad de pesos—todo mi capital—suficiente para un mes de balneario, a condición de no despilfarrar.

"Pero diez días después de conducirme juiciosamente, una tarde entré en la sala de juego.

"Le suprimiré la aburridora narración de los novicios que dejan en los rastrillos de los "croupiers" su plata, sus ilusiones y su decencia.

"Eso me ocurrió a mí. En menos de quince minutos me encontré sin un centavo ni de dónde obtener recursos. Debía la pensión y carecía de boleto de regreso.

"Desesperado, pensé en el suicidio. Admito que mi ingenuidad arrancará una sonrisa lastimosa a las personas de experiencia. Saben éstas que los hoteleros y ruleteros, para ahorrar a los veraneantes el sobresalto de una detonación, magnánimamente cancelan la cuenta y colocan en el tren al infeliz perdedor.

"Pasé unas horas angustiosas; y a la tarde siguiente determiné escoger, para dar fin a mis días, un sitio penumbroso de la rambla, frente a las fosforescencias del mar y entre la música yanqui que despedían las ventanas del Casino.

"Pero antes de poner en ejecución mi dramático proyecto, acudí a la sala de juego, movido por no sé qué insensata esperanza.

"Me senté a un mesa de ruleta. ¡Con qué ojos ávidos miraba los pilones de fichas de los demás, y con qué dolor comprobaba, ahora sin pecunia, mi prodigiosa clarividencia!

"Los números que la tarde anterior causaron mi ruina, enriquecían ahora a sus adictos.

"De pronto, mi atención recayó en una ficha insignificante, colocada a la tercera docena. Y a cada tiro de bola, el "croupier" echaba sobre esa ficha una paletada de fichas.

"La ficha fabulosa pertenecía a un señor situado a mi vera, y por el aire displicente de ese señor, conjeturé que él mismo ignoraba su acierto.

"He sabido después que es ese un caso frecuente entre los ruletistas y explicable en la vorágine del juego.

"Un caballero cercano a mí, alabó, contemplando al impávido jugador: "Es un punto de raza".

"¿Sería, efectivamente, "un punto de raza" o, lo que se me antojó a mí, un caballero olvidado de una fichilla que se multiplicaba con la prodigalidad de los caracoles en la playa próxima?

"Suicida en ciernes, bien podría arriesgarme...

"Y yo, que siempre me juzgué un hombre desprovisto de imaginación, sentí brotar en mi cerebro una idea censurable y genial. Necesité, para ponerla en obra, convocar a todas mis energías...

"Señor: recordará que entonces me incliné hacia usted, y en voz baja y temblorosa le imploré: "He puesto esa ficha en redoblona, y le ruego cobre en seguida el dinero y me lo entregue a la salida. Acaba de entrar en la sala un tío mío, aquel señor pálido, a espaldas del banquero, y si me sorprende jugando me deshereda."

"Usted, gentilmente, accedió; y minutos más tarde, a la luz de una farola de la terraza del hotel, me entregó, como mío, su propio dinero, librándome de la muerte que tenía decidida.

"Desde entonces—porque a pesar de mi mala acción soy un ciudadano fundamentalmente honesto—me propuse pagar esa deuda de honor.

"Mi situación cambió después, y el destino quiso que pasaran varios años antes de tener la fortuna de tropezar con mi acreedor y saldar aquella cuenta.

"Y al saldarla, créame usted, renace la tranquilidad en mi ánimo. Temía no encontrarlo jamás, pero una vez que lo encontrara lo reconocería. Soy muy buen fisonomista."

—Sí, muy buen fisonomista—apoyó su interlocutor.

JACINTO abandonó el restaurante; ya el tráfico resonaba y los comercios abrían sus puertas.

—Después de todo—murmuró—yo nunca he estado en Mar del Plata, y habría sido duro desengañar al providencial caballero con una verdad inútil, que lo privaría a él de la dicha de saldar su deuda de honor y a mí de levantar el vencimiento... Yo, a mi turno, contraigo otra deuda de honor: cuando herede lo buscaré y, repitiendo la escena de esta madrugada, le devolveré su dinero. ¡Palabra de honor!

Humorismo ajeno



ÉL. — Le voy a decir que me lo dijo un pajarito.
ELLA. — No, que va a saber que fuí yo.



— Mi padre se lo agradecerá, señora.
— ¿Dónde está tu padre, hijo mío, en el cielo?
— No, señora: en el almacén.

EL CUENTO CÓMICO

¡Qué tertulia! Por Agustín R. BONNAT

CON el permiso de ustedes.

— Es usted muy dueño. Nena, córrete un poco.

— No, que no se moleste la nena, ni usted ni siquiera la taza. Es que no hay otro sitio, y tengo citados a unos amigos a esta hora...

— ¡No faltaba más!

El mozo. — ¿Qué se va a servir?

— Café.

— ¿Solo?

— No; acompañado de estos señores.

— ¡Qué bromista viene usted hoy, don Atenedro!

— ¡Hombre, qué casualidad; se llama usted Atenedro!

— ¿Qué? ¿Conoce usted a alguien que tenga este nombre?

— No. Por eso es que digo qué casualidad. Nosotros hemos salido de casa sin sospechar que íbamos a tener el honor de alternar en la misma mesa con un señor con un nombre tan cómico.

— ¡Caballero!

— ¡Por Dios, Silvino; no seas imprudente! Dispénsele usted, caballero; es que mi esposo es muy bromista.

— ¿Conque bromista y esposo de usted? No faltaba más que me enojara por tan poco. No todos tenemos el placer de llamarnos Silvino como usted. ¡Caray, qué nombre tan lindo! Porque no será mote.

— Nombre auténtico.

— Algún capricho de su señora madre, quizá. Claro; la pobre sería neurasténica; o del padrino, que sería borracho...

— ¡Oiga usted..., esos insultos!

— ¿Insultos? De ningún modo. A mí también me gusta hacer chistes.

— Pero, como no lo conozco a usted...

— No importa, porque para decir estas pavaditas no hace falta que hayamos estudiado juntos o vivamos en la misma casa.

— Claro que no.

— Por lo visto le gusta a usted venir al café.

— Regular. Ha sido mi señora, aquí presente, y mi hijita, también presente, las que han querido que viniésemos.

— Ya, ya...

— Usted sí que debe ser asiduo concurrente, por lo que le he oído al mozo.

— Asiduidísimo. A esta hora suelo venir con unos amigos leprosos.

— ¿Cómo dice?

— Leprosos, de esos que tienen lepra. ¡Oh, pero muy buenos muchachos!

— ¿Y los dejan entrar?

— Naturalmente. Aparte de que se pasan la noche rascándose, son como usted y como yo, y hasta como su señora...

— Pero, el contagio...

— Ríase usted de eso. ¿Quién está libre del contagio estando en contacto con la gente? A lo mejor estará usted en el teatro junto a uno que tiene sarna, o en el tranvía, pegado a una buena moza que...

— ¡Caballero! Repare usted que está mi señora presente.

— Es verdad. Pues pongamos que es su señora la que va en el tranvía junto a un buen mozo que...

— ¡Oiga usted! Repare que está aquí mi marido y...

— Bueno, bueno; no pongamos nada y limitémonos a decir que yo tengo unos amigos leprosos, como podía tenerlos boticarios, o músicos o rentistas. También suele venir de cuando en cuando uno que es asesino.

— ¡Horror! Y ¿ha asesinado a alguien?

— Naturalmente. Esa es una profesión que si no se cultiva, no existe. Según él, es algo encantador. Él mismo se lo explicará a usted, porque si viene esta noche tendré el gusto de presentárselo.

— ¡Oh, no; por favor!

— Hace usted mal, caballero, en rechazar la amistad de un semejante. No podemos prever lo del día de mañana. Mi amigo el asesino...

— Pero ¿de veras lo es?

— Sí, señora. Mi amigo el asesino tiene un gran empeño en estrechar su amistad con otro amigo que también concurre a nuestra tertulia.

— ¿Otro amigo?

— Sí; uno que fué en su mocedades verdugo en España.

— ¡Ay, ay!

— ¿Qué le pasa a usted, señora?

— Que es muy impresionable, y, ¡caramba!, nos está amargando usted la noche con sus amigos leprosos, el asesino y el verdugo.

— ¿Qué quiere usted? No todos podemos tener relaciones selectas Yo quisiera que a mi tertulia cafetil sólo viniesen magistrados, senadores ministros, pero no puede ser por la profesión que uno tiene.

— Pero... ¿qué es usted?

— ¿Yo? Ladrón de caminos.

— ¡Vámonos!

— ¡Caballero!

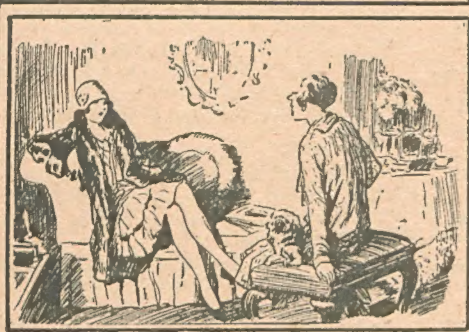
— ¡Cómo! ¿Se van?

— Sí. Es algo tarde, y...

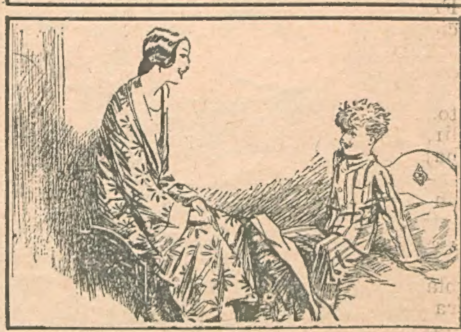
— Abur, abur...

— Vayan ustedes con Dios, y conste que he tenido tanto gusto. ¡Ja, ja!... Oye, Juan. ¿Ves cómo te los he echado de la mesa?

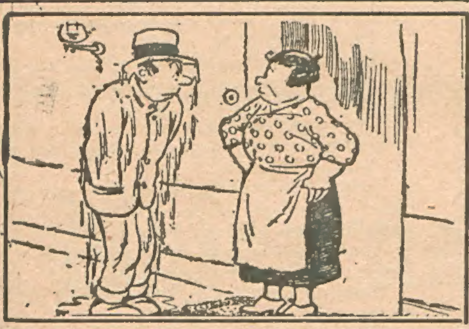
El mozo. — Gracias, señor Atenedro, porque estaba viendo que con dos cafés iban a estar aquí toda la noche.



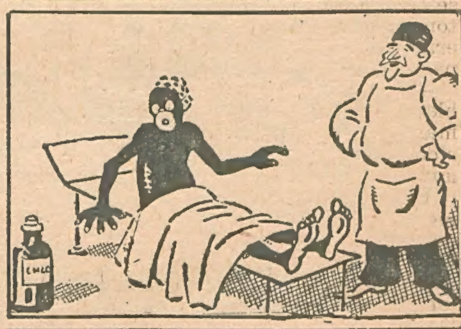
— ¿Así que has roto tu compromiso con Pedro?
— Sí; no era capaz de sufrir ni las pequeñas contrariedades.
— ¿Por qué?
— Se enojaba cada vez que Fifí le mordía las piernas.



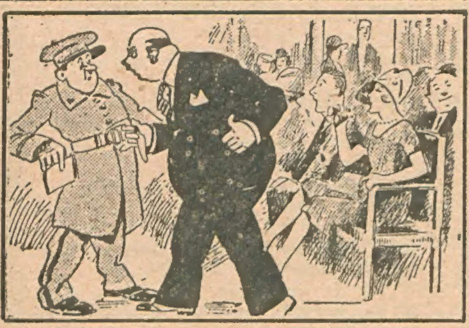
La madre (A su hijo, que ha tenido un sueño.). — ¿Y no te acuerdas qué hiciste cuando estabas conmigo en el bosque?
El niño. — Yo, no; pero tú puedes acordarte, porque estabas allí.



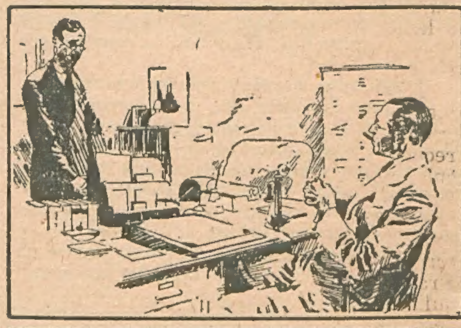
— Estás empapado. ¿Y tu paraguas?
— Me lo olvidé.
— ¿Y no te diste cuenta?
— Sí, cuando iba a cerrarlo.



— ¿Pero qué ha hecho usted, doctor? ¿Me ha cosido con hilo blanco?



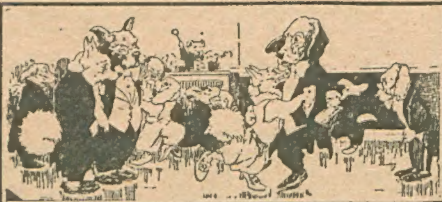
— Dígale a esa señora que se quite el sombrero.
— ¿Le molesta?
— Sí; en cuanto mi mujer lo vea, querrá otro igual.



¿Puedo tener un día de asueto para casarme, señor?
— ¡Cómo! ¡Si acaba usted de tener quince días!
— Ya lo sé, pero no quise estropear las vacaciones.



— Creo que le he echado mucha sal a la sopa, querido.
— Nada de eso; lo que pasa es que hay poca sopa para tanta sal.



— Me tiré una plancha: le dije a ese viejo loco que está ahí, con ese otro, que esta fiesta era una porquería, y resulta que era el dueño de casa. ¿Lo conoce usted?
— Sí, señor; es mi padre.



— Tomará esto cada dos horas. Y ahora voy a hablar cinco minutos con su esposa.
— ¿Y quién me dará la próxima dosis?



La esposa del dentista. — Hace ya un año que tenemos la doncella. Debíamos darle algo para Año Nuevo.
El dentista. — Dile que le sacaré las muelas gratuitamente.

De Pêle - Mêle, Dimanche Illustré, Humorist, Passing Show y Punch.

El mendrugo

Por Horacio VARELA



...Caminando iba sin rumbo...

COMENZABA a desparramarse el público que salía de los teatros. Y yo caminaba aún. Parecía que la agujereada suela de los zapatos se hubiera adherido a mis carnes. Sentía un roce helado en las espaldas, y en la frente y en los ojos una fiebre que, unida al cansancio, me obligaba a caminar como un sonámbulo.

Caminando iba sin rumbo... ¡Ah, sí! Durante toda la noche anterior no había podido dormir. La tos de Francisca, ronca y seca como una campana de palo, había golpeado horas y horas las paredes del pequeño cuarto. Un cúmulo de ideas espantosamente negras deambulaban en mi alma, torturándome como gnomos horribles a los que me era imposible ahuyentar. ¡Ah, pero ya lo tenía resuelto! Sí, marché de casa con esa idea. Francisca ni la adivinó, por cierto. Ya con el sombrero puesto, esperé. Esperé, sí, que de pronto ella se percatase de mis ideas y me detuviese con un grito. Pero nada me dijo. Fuí a salir, mas, volviéndome, en voz baja, casi con cólera, le hablé:

—¡Francisca! ¡Dime! ¿Crees en mí, dime? ¿Qué piensas de mí?

—Pablo, ¿qué te pasa?

—¿Por qué callas, eh? ¡Háblame, Francisca! ¿No sirvo para nada, verdad? ¿Estás desengañada de mí? ¿Verdad, Francisca, verdad?

—Pero, Pablo, ¿qué dices?

Me desconcertaba su ingenuidad, esa incomprensión que me abofeteaba como una ironía. Ella se echó a llorar y yo le dije, entonces, que me disculpara, que eran tonterías propias de mis nervios.

—Yo te quiero mucho, Pablo... No te pongas así; haces mal... Eres bueno, siempre has sido bueno... Dios te ha de ayudar.

Era doloroso, sí. Francisca me amaba. Todo lo aguardaba de mí. Acaso me compadecía por mi mala suerte, pero me amaba, y porque me amaba no me lo decía. Sí, a mí. A Pablo Cuvier, que era menos que un giñapo...

"El que quiere trabaja"... Hem... ¿Trabaja, en qué? Se persigue la suerte como se persigue a una mujer que apasiona, a cuyos pies nos arrodillamos y que a la postre se mofa y nos desprecia.

—Sí, señor, cualquier cosa... Tengo mi mujer tan enferma...

Y cada día lo mismo: "Vuelva usted mañana... Por ahora no hay trabajo..."

Caminando iba sin rumbo. Debía parecer un ebrio. Como esos muñecos de cuerda, aún me quedaba un poquitillo de dinamismo antes de caer inerte. La idea estaba en germen. La concebí sin darle forma. Pero la angustia que me trituraba las entrañas, el recuerdo de Francisca, el cansancio, la fiebre, el bullicio callejero, todo hizo que tomara de pronto forma precisa. Sí, estaba resuelto. Era lo mejor...

—¡Eh, vea por dónde camina!...

Ni miré al que había tropezado. Y seguí pensando: "Francisca aguardará mi regreso. Aguardará impaciente, puesto que ya es muy tarde, sin haber comido en todo el día. El dinero que me dieron por los anillos de boda se terminó ayer... No habrá comido, pero me aguardará..." Iba como idiotizado. Cruzaba las esquinas con el deseo de que me derribara algún vehículo. El bullicio callejero, infernal, estrambótico, me revolvía el cerebro y porfiaba por destrozar mis pensamientos más simples. Aquí un codazo, allá un empujón. Gente que entraba y salía de los comercios. Sonar de bocinas. Chillar de hierros. Todo como un escarnio, como una risa encajonada entre las paredes de la calle, como un estremecimiento de triunfo que me humillaba y me perseguía continuamente. Todo revelaba una vertiginosa y brutal sensación de vida y de fuerza. Tan sólo yo marchaba como una nota negra, rompiendo el ritmo triunfal de la vida.

—¡Cuidado!

Junto con la advertencia, sentí el automóvil que, como una flecha, pasó detrás de mí casi rozándome. No moví ni un músculo. Sólo tragué un poco de saliva para mitigar el ardor de mi garganta. Los pies ya no resistían el peso de mi cuerpo deshecho. Maquinalmente me interné en callejas desoladas y obscuras. Buscaba la penumbra y el silencio. Tenía sed de ellos como el niño el seno de la madre para dormirse en él...

"Hoy no hay trabajo... Vuelva usted mañana". ¡Ah, no, no podía volver con las manos y los bolsillos vacíos! No, no podía volver. "Francisca — pensaba yo — aguardará mi regreso creyendo que de un instante a otro voy a entrar con el gesto sonriente y la buena nueva a flor de labio..." No, no podía volver. Surgió nuevamente la idea y la recibí casi con afecto. ¡Ah, sí! ¿No era eso lo mejor? Lo mejor, sí. Dormirse para siempre. Pero ¿y si había un infierno? ¿Y si estaba condenado a ver a Francisca en sus postreras peregrinaciones por el mundo de los vivos? ¿Y si desde el infinito me tocaba observar cómo llegaba a ella el hombre fuerte que merecía para levantarla de su postración y de su miseria? Ellos serían felices y no se acordarían ya de mí...

Me había internado bajo las arcadas del viejo Paseo de Julio. De varios cafés cantantes salieron tentadoras, como brazos de mujer, las notas de una música desequilibrada y estridente. Algunos ebrios y mujerzuelas de gesto y palabra provocativos cruzaban a mi paso. Desde hacía rato experimentaba un angustioso deseo de llorar, pero no lo conseguía.

Era ya muy de madrugada y yo caminaba aún. El frío intensísimo hacía congelar mi aliento en la atmósfera. Dando tumbos, enfilé hacia los galpones del puerto. De pronto, tropecé con un objeto blando y un agudo dolor atravesó mi pie hasta casi la rodilla. Más por detenerme que por indagar, hice alto, y vi en el suelo una soga abandonada, como de un dedo de grueso. Fuí a seguir, pero la idea estaba allí, fresca, incitante. Recogí la soga y seguí mi camino...

No, no debía volver... Me interné entre dos filas de vagones de carga. Vi uno abierto, y sin preocuparme de ser observado, trepé en él. Crujieron algunos granos de maíz y pajillas a mi paso. Como un trapo húmedo, caí en uno de los extremos hasta donde no llegaba la escasa luz que de un farol cercano se introducía por la puerta del vagón.

¿Cómo sería? ¿Tardaría mucho? Un golpe rudo, rápido. Un ahogo, sí, como esa vez en que, siendo niño, casi me había ahogado con un carozo de durazno... Pensaba en Francisca. "Tal vez — me decía, — en este momento ella se incorpora en la cama. Habrá oído algunos pasos en el patio y creerá que soy yo... Estará llorando. Luego, cuando me descubran aquí, colgado, irán a decírselo. Y ella se pondrá a llorar. Los vecinos se acercarán a la puerta de la pieza. El encargado refunfuñará por la molestia... Ella llorará, hasta que llegue el carrito y entren mi cuerpo..."

En ese propio instante, una sombra se dibujó a la entrada del vagón. Cesó mi respirar y el corazón me latía fuertemente. Era un anciano de cabellos blancos y largos, de barba tupida, envuelto en un montón de andrajos. Al trepar al vagón, las latas que traía al hombro acompasaron sus movimientos tardíos. Puso unas bolsas en el suelo, y se acostó sobre ellas. Rachas de viento helado, filoso como un estileto calaban mi ropa y se clavaban despiadadas en mi carne. El viejo tiritaba y sus dientes crujían. Le oí murmurar algunas palabras incomprensibles que tuvieron un eco ronco y patético. Después, se hizo un largo silencio... Un miedo absoluto, agrandado por la imaginación se apoderó de mí. Por segundos me parecía que el mendigo se incorporaba. Que avanzaba hacia mí, brillándole los ojitos sanguinolentos entre la maraña del cabello y la barba.

Pasaron así muchos minutos, pero cuando la primera luz de la madrugada se hizo más diáfana y un vientecillo impregnado de olor a humo y a cereales innundó el vagón, vi claramente al anciano quietecito sobre las bolsas, que parecía dormir. Ensayé una tosecilla. Nadie interrogó. Volví a repetirla y tampoco...

De pronto, una confusión de ladridos sacudió mi tensión nerviosa. Allí fuera, un perro negro, lanudo, ladraba a otro muy pequeño dispuesto a arrebatarle un hueso que éste tenía entre sus dientes. El pequeño lanzó un gruñido agudo, y el otro le contestó con uno bajo, impresionante. Súbitamente se fueron uno sobre el otro, con una furia, con una acometividad de hombres. Revolcáronse dándose de mordiscos. Luego, el más chiquito se alejó a toda carrera, dejando abandonada su comida. Vencedor el perro lanudo, olfateó la presa, y, moviendo tranquilamente la cola, comenzó a comer. Lo miré unos instantes. Luego miré al an-

(Continúa en la pág. 10)

Todos los días...

Por Pedro Leandro Ipuche

Todos los días empieza mi fiesta;
todos los días me baño desnudo;
el agua me hace danzar en la orquesta,
frígida y abierta, de su chorro crudo.

¡Ah mis ríos grandes donde me estiraba,
cosquilloso y brusco de palpitación!
Mi baño hoy es otro de aquel que me daba
entre los ramajes del mimbre cimbrón.

Entro a la bañadera, y el grifo desato,
y de la roseta me vienen los hilos
del agua que se abre — como en [arrebato —
y me entra a la sangre con sus frescos [filos.

Antes iba al mar, y en sus sales finas,
y en sus olas ágiles y en sus golpeteos,
sentían mis nervios las cosas marinas,
y era alegre irse con ritmo y mareos.

Pero hoy no se puede dar el cuerpo [suelto
al desnudo mar y al agua sin mallas:
el hombre va al mar, fajado y envuelto,
porque el cuerpo libre ya no es de las [playas.

Y yo que no siento la frescura plena
sino en la cosquilla de la piel desnuda,
prefiero mi baño como una condena,
ya que no es el río ni la mar sañuda.

Pero en la ciudad
es para mi espíritu una libertad.

Me violenta el trapo para darme al mar;
y me gusta el agua todas las mañanas
tamborileando con su chorrear
mi piel de indio limpio y mis carnes [sanas,
y estos nervios fáciles a todo danzar.

Curiosidades, rarezas y extravagancias

El curtido de pieles es antiquísimo, pues se asegura que el hombre prehistórico supo preparar y trabajar las pieles de reno. Ateniéndonos a hechos históricos vemos en las crónicas orientales que Neuremus, tres mil años antes de Jesucristo, enseñó a los del Sidón el arte de curtir las pieles de animales. El Génesis habla varias veces de los vestidos de piel (pellicea, túnica), y Homero menciona las diversas aplicaciones de la piel curtida al calzado, vestidos, etc., inmortalizando el nombre del curtidor Tiquio. A mayor abundamiento, Virgilio confirma en su "Eneida" todos los usos a que se presta la piel convenientemente curtida.

Las hormigas verdes de Australia hacen sus nidos juntando hojas y uniéndolas entre sí mediante una especie de cola natural.

Siempre que se han inaugurado Exposiciones de importancia en París, han sobrado los excéntricos que para ir a verlas usan los medios más extravagantes de locomoción. Unos caminaban grandes distancias a pie, llevando por delante un barril que hacían rodar, otros arrastraban una carretilla; no faltó quien fuera utilizando zancos, que no se quitaban ni una sola vez por el largo camino, y hasta hubo quien intentó hacerlo caminando en cuatro pies.

El Banco de Inglaterra destruye todas las semanas unos 350.000 billetes para sustituirlos con otros nuevos y limpios. Se dedica una noche semanalmente para esta costosa fogata.



En una casa de modas de París se exhiben en sus vidrieras figuras de cera tan perfectas como estas de Carlitos Chaplin y Jackie Coogan, que fueron modeladas por Pierre Imans, autor asimismo de figuras que representan a Josefina Baker, Suzanne Lenglen, Helen Wills, y otros artistas y deportistas de fama mundial

Un curioso sistema de protección que revela el grado de seguridad pública en las ciudades del virreinato del Río de la Plata, es el que un cronista de 1612 menciona haber visto en Santa Fe. "Acostumbrábase — dice — poner en los zaguanes de las casas ricas cadenas tendidas, a objeto de impedir la entrada de extraños. En caso de asalto, esas cadenas contenían por un momento al agresor."

El ideal de Tolstoy consistía en la formación de una sociedad en la que todos los miembros fueran iguales, donde no hubiera riquezas, ni autoridades ni leyes. Pedía volver a la vida primitiva del hombre. Censuraba la vida en las ciudades y, en parte, el trabajo meramente intelectual basado en que cada cual debe comer el pan ganado con su propio sudor.

Pocos pájaros reciben tantos nombres como nuestra calandria. Buffon la llamó "el ruiseñor americano". En Mendoza y en Chile la designan "tanca". En Santa Cruz le dicen "tojo". En Méjico, "sinsonte", al igual de Cuba. En otras partes la llaman "burlón", aludiendo a la facilidad que tiene este animal de remedar el canto de las otras aves y aun el grito de ciertos cuadrúpedos.

Suele oírse de noche en nuestros campos, un grito triste y melancólico, como la postrer plegaria de un moribundo. Es el "aguará" que únicamente a esa hora deja escapar sus lamentos.

Las catacumbas de Roma contienen, según se cree, los restos de más de cinco millones de seres humanos.

El origen probable de la palabra Andes parece ser el que sigue: En las laderas de la cordillera andina se encontraron escalones con cultivos, llamados andenes por los naturales de esa región. Ofrecíanse a la vista como grandes pirámides de verdura. Se supone, con fundamento, que de estos "andenes" se hizo el vocablo Andes para designar a la gran cadena montañosa que nos separa de Chile.

Entre los indios bolivianos se conoce por "anastiña" una plegaria religiosa de gran unción y armonía, entonada después de la misa o de otra ceremonia religiosa. "Anastiña" significa "rendido a tus pies", y se canta todos los sábados al son de los violines, al pie de las cruces que adornan las encrucijadas de los pueblos, por los niños y niñas dirigidos por un "fiscal", conforme la tradición de los misioneros jesuítas.

El que ha sudado en la laboriosa tentativa de arrancar un clavo viejo, sabe por experiencia que estos agarran mucho mejor que los nuevos, sobre todo en la madera dura. Por eso, cuando se tiene que hacer con un material en que el clavo no se afirma bien, se logra el resultado deseado envejeciendo a este instantáneamente. Para esto se lo moja con un poco de amoníaco, el cual forma en seguida una pequeña capa de óxido sobre el clavo.

En casi todos los monumentos se ven egipcios con bastones, algunos de los cuales, hallados en Tebas, se conservan en colecciones arqueológicas. Son de cerezo, lo cual es de extrañar, porque hoy no se encuentra en Egipto ninguna especie del género "prunus".

El tapir americano fué llamado "anta" por los portugueses, por la semejanza de la piel y uso que de ella se hacía al curtirla. Piel de "anta" es no sólo la de tapir, sino también la de búfalo, alce, gamo y venado, preparada con aceite.

Una frase mortificante para Federico el Grande de Prusia, pronunciada por madame de Pompadour, fué el origen de la guerra de los "siete años", llamada también de "las tres enaguas", porque la Francia de madame de Pompadour, la Rusia de Catalina II y el Austria de María Teresa se unieron contra Federico el Grande.

En los ríos americanos vive un pez de gran vitalidad. Es el armado, que llega a pesar una arroba, a veces, siendo su carne muy sabrosa y alimenticia. Puede vivir un día fuera del agua, y aun después de destripado y salado puede verse la carne palpitante.

Afirma un higienista que la picadura del mosquito es más peligrosa de noche que de día, sobre todo si el insecto absorbe gran cantidad de microbios durante el día, cosa corriente en parajes endémicos. Es, pues, de absoluta necesidad el uso de mosquitero durante el sueño, aunque los mosquitos no sean muy abundantes.

La famosa obra de Erasmo, "El Elogio de la Locura" sólo llevó al autor siete días de trabajo.



BOCETOS PORTEÑOS

El crioyaje está perdido

Dibujo de González Fossat

Por Goyo ARROYO

SÁBADO a la noche. Hay baile en el conventillo. Se festeja el compromiso de Blanca Rosa, hija única de doña Leocadia, criolla chancletera y mateadora con más letra menuda que procurador de estudio pobre. En el segundo patio, al amor de no muy abundante iluminación, forman corral unas treinta sillas de todas layas y pelajes. Los músicos, bandoneón, guitarra y clarinete, han sido ubicados en la rinconada que forman las piletas de lavar. Blanca Rosa ocupa el lugar de honor, y a su lado, más derretido que jabón dejado al sol, Ardito Pietrainfaccia, el prometido, propietario de un par de bigotes que, por lo enrulados, parecen cerda de rellenar almohadones y del mejor boliche de los contornos.

Doña Leocadia. — (Se pone de pie, y oficiándola de bastonero, dice:) Güeno, vamos a ver si empiezan, pues, que las muchachas están que se salen de la vaina por ventilar los trapitos.

(Los músicos atacan, las parejas se van formando y saliendo al redondel, y doña Leocadia, con ese aire de sargento engreído que Dios le ha dado, queda por un rato de pie, contemplando el cuadro, y luego recupera su asiento para retomar el hilo de la charla con las íntimas que la rodean.)

Doña Anatilde.— Claro, comadre; las muchachas tienen que casarse, no hay güelta... Per'una madre es una madre y no se sabe resinar a que un güen día venga un don Juan de Ajuera y se le yeve, porque sí, nomás, un pedaso del alma.

Doña Leocadia. — Digameló a mí, comadre Anatilde, que no hace mi Blanca Rosa más que comprometerse y ya estoy que ni sé p'ánde agarrar, sólo de acordarme de que un día u otro me l'han de yevar.

Doña Bienvenida. — Son cosas de la vida, doña Locadia. Yo tamién, quién me lo había de decir, pero ya ve: cuatro hijas he criao y no me queda ninguna... Una a una se me han ido yendo pa formar nido aparte y sus respetivas poyadas...

Doña Zoila. — Pa dirsemé, a mí, que com'ustedes saben, crié tres, y las tres se me jueron, pero no así como Dios manda, con Cevil y cura de por medio, sino de la manera más mala, porque ni "hasta luego" me dijeron..., y eso que, no es por decirlo, ni por ofender a naide, pero hijas mejor criadas y ladinas que las mías no había, mejorando lo presente.

Doña Leocadia. — ¿Y supo alguna vez algo d'eyas?

Doña Zoila. — Como saber, he sabido... ¿Cómo no había de saber?... Usté sabe que una madre tiene siempre noticias de los hijos, cuanti más si son descastaos como los míos, y Dios me perdone... He sabido, sí... ¡Hum!... Se quejaban de que las hacía trabajar como negras y de que me gastaba en las quinielas todos los centavos que me tráian... Bueno, pues, áhura no les va mejor, porque las tres están cargadas de hijos y de trabajo, porque tras de mala cabeza, fueron sonsas y todas s'enzarzaron con hombres que ni ande cairse muertos tienen... Es que es así nomás, y es al cuete..., quien mal anda, mal acaba.

Doña Anatilde. — Claro. Lo que yo digo... Ya que dan el mal paso, señor, que sea pa bien... Pa ensuciarse, ensuciarse con provecho.

Doña Bienvenida. — Lo mismo digo. Pa pobreza, basta con la de una..., sea porque una fué media lerda o los tiempos nuestros eran otros tiempos, y no había las tentaciones y las oportunidades que hay ahora... Pero cuando una mujer se resuelve a tirar la chanclet'al aire, que sea pa mejorar, y si no, no... Pa seguir siendo pobre, conviene más continuar siend'honrao, ¿no les parece?

Doña Leocadia. — Claro, claro. Por eso yo, Dios no me castigue, he tenido suerte con mi Blanca Rosa... Cierto qu'el muchacho es italiano..., pero, ¡qué caray!..., tamién entre los gringos ha de haber gente decente.

Doña Bienvenida. — ¿Y de no? M'hubieran dao a mi un gringo, d'esos que no saben más que ganar plata, y otro gayo me cantara en vez del que me cantó.

Doña Anatilde. — No hay que hacer... Hoy en día el crioyaj'está perdido, y si una aspir'algo pa sus hijos tiene que poner los ojos en lo estranjero.

Doña Leocadia. — Yo, ¿pa qué voy a negarlo?, el asunto me tuvo en vilo una punta 'e días. Claro, una preferiría las cosas de la tierra que la ha visto nacer, pero tuve que apechugar nomás... Al fin y al cabo, es cierto que Ardito le yeva como quince años a la chica de delantera, pero el hombre se ha hecho una posición y tiene un negocio que cada día da más.

Doña Zoila. — Una persona sosegada, que no le v'andar a la muchacha con enredos por áhi.

Doña Leocadia. — ¡Ah, no! En cuanto a eso, bien clarito se lo dijé al italiano..., porque ustedes saben qu'estos napoleones son medio sultanes, ¿no?

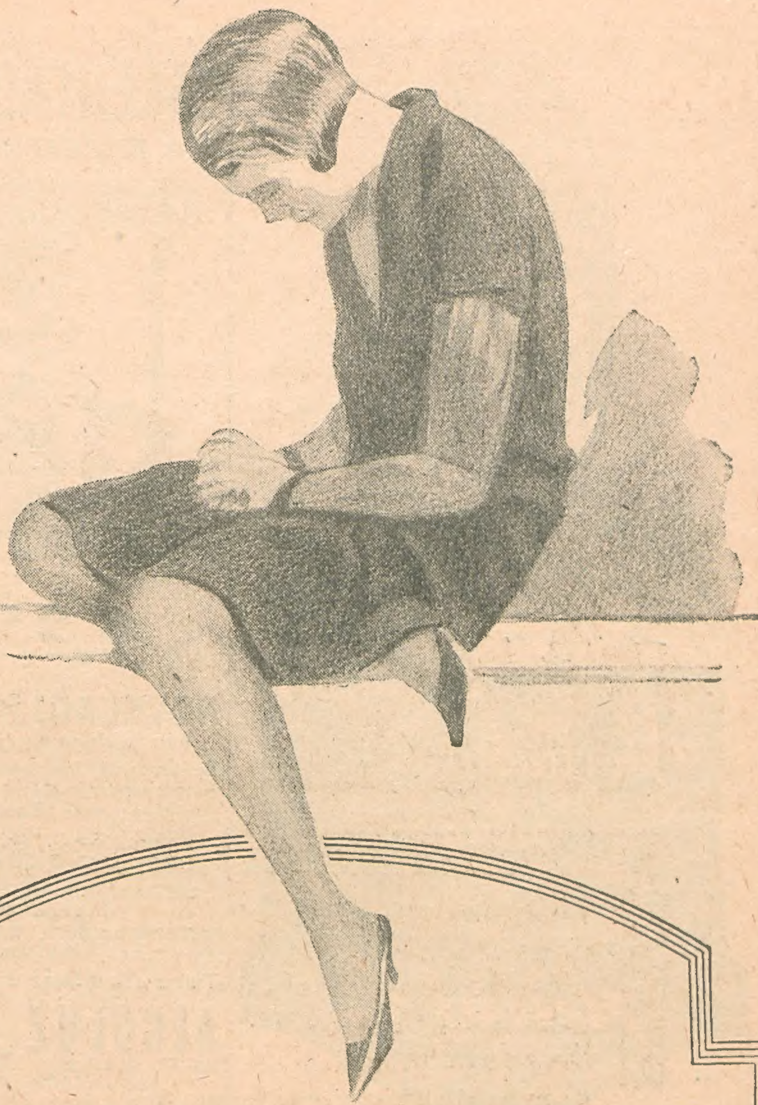
Doña Anatilde. — ¡Claro, claro!

Doña Leocadia. — Clarito le hablé, y me juró y perjuró por todas las madonas de su tierra qu'en cuanto a eso podía estar tranquila.

Doña Zoila.—Bien hecho, ya lo creo... Porque, a lo mejor, vay'a saber, estos estranjis vienen de tan lejos...

Doña Anatilde. — Hay de todo, comadre... Ahí lo tiene, sin ir más lejos, a mi gringo... Treint'años de vida matrimonial, y, usté sabe, comadre, en mi casa no hay más voz que la mía. Nicola no tiene más voluntá que pa el trabajo... Cierto que no nos hemos

(Continúa en la pág. siguiente)



El crioyaje está perdido

(Continuación de la pág. anterior)

hecho ricos y que un par de litros de vino el sábado a la noche nadie se lo quita, pero es un pan.

Doña Leocadia. — ¡Ah! Naturalmente que un resueyo hay que darle al hombre... El mío, usté lo recuerda, comadre, crioyo de lay como pocos era, y muy de su casa y de sus obligaciones, pero de cuando en cuando una canit'al aire se m'echaba y se perdía hasta por una semana de casa, pero de lay, era de lay Hilario, mi finadito..., ¡y lo que la quería a la hija!... Se miraba en los ojos d'eya y todo le parecía poco... Pero se jué, y que Dios lo tenga a su diestra.

(A todo esto, el baile ha ido adquiriendo proporciones, y salvo uno que otro que protesta por un pisotón recibido en el mareo de la danza o porque el bebestible no abunda todo lo que debería, ya que el novio es almacenero, la alegría de la gente moza se exterioriza ampliamente. Los chiquilines han empezado a dormirse, y las viejas, que no tienen con quién charlar, cabecean. El trio filarmónico ejecuta el vigésimo tango. Ardito lo baila con Blanca Rosa. Cuando más primoroso es el derroche de floreos coreográficos, se presenta un agente de policía.)

Agente. — ¡Un momento, orquesteros! (Todo el mundo hace alto.) ¿El señor Ardito Facciadepiedra está presente?

Ardito. — Pietrainfaccia sono ío.

Agente. — ¡Ah! ¿Usté?... ¡Un momento! ¡Pase, doña! (Se adelanta de la obscuridad una mujer, marcado tipo de italiana recién desembarcada, con una criatura de cada mano.) ¿La conoce?

Ardito. — ¡Annunziata! ¿Sei tú?

Annunziata. — ¡Sono ío! ¡Birbante! ¡Mascalzone! ¡Traditore!...

Agente. — ¡Señores, y disculpen la interrupción, esta señora es la señora d'éste!...

Blanca Rosa. — ¡Mama! ¡Mama!

(Las viejas chillan, los hombres adoptan posturas de héroes vengadores, los chiquilines ruedan por el suelo y las muchachas tratan de desmayarse apropiadamente. Doña Leocadia se ha puesto de pie, va a hablar, pero por primera vez en la vida la abandonan las fuerzas y cae otra vez sobre su asiento, los ojos en blanco y sudando frío.)

Las quemaduras de sol arruinan el cutis.

Hay chicas que se vanaglorian de poseer lo que ellas se complacen en llamar un "sano cutis campero", pero, ¡vaya la gracia que les ha de causar ese tostado, obscuro y áspero cutis campero cuando se aproxima la estación en que los días se vuelven más frescos! El cutis que el aire y el sol han curtido y tostado tórnase, entonces, empañado, manchado, marchito, y, por lo tanto, absolutamente impresentable. Entonces es cuando las chicas imprudentes llaman en su auxilio a toda clase de cosméticos "maravillosos" con el fin de anular artificialmente los desastrosos efectos de los ardientes rayos del sol, con lo que sólo logran, las pobres, empeorar aún más la ya bien triste condición de su maltratado cutis. Por eso, lo mejor es evitar de un modo absoluto las quemaduras de sol, aplicándose, para ello, un poco de cera mercolizada al rostro y a los brazos cada vez que se salga al aire libre, haciendo lo mismo todas las noches al acostarse. Esto da al cutis una invisible pero altamente eficaz protección. Gracias a este agradable procedimiento, la tez consérvase constantemente tersa y juvenilmente bella. Si la tez de los brazos o del escote ha sido tostada por el sol, aplíquese de inmediato cera mercolizada: esto evitará los ardores de la quemadura.

El mendrugo

(Continuación de la pág. 7)

ciano, que parecía dormir...

"Si me acerco — pensé, tal vez guarde en algún trapo vaya a saber cuántas monedas..."

Afuera, con la claridad de la mañana, llegó una neblina muy tenue que borroneaba el perfil de las grúas, de los elevadores de granos y convertía en cruces las finas siluetas de los mástiles. Temblando, mezcla de frío y de miedo, raspándome contra la pared del vagón, me aproximé al anciano. Tenía los ojos vidriosos fijos en el techo. Comprendí que estaba muerto.

Como un poseído, retrocedí hasta la entrada del vagón. El espanto clavó su garra en mi garganta ahogando un grito de horror, y salté fuera.

La ciudad me detuvo. La ciudad iba surgiendo de entre la bruma, húmeda, como recién lavada. Comenzaron a pasar por la esquina próxima chatas y camiones.

Un deseo intenso de vivir hizo mover mis piernas. "Hay que vivir — me dije entonces, mientras marchaba, — hay que vivir... Robar, pedir limosna..., sufrir humillaciones o clavar los dientes... Hay que vivir y recoger el mendrugo caído para llevárselo a ella." Y a poco, la tibieza de aliento del sol mañanero fué el lazarillo bondadoso que me condujo a casa. Entré a la pieza, tímidamente. Como avergonzado.

— Francisca...

— No, Pablo, no... No me digas nada... Dios no te ha abandonado...

Y me extendió la carta del capataz de una fábrica que me llamaba al trabajo. Un golpe de tos le llenó de lágrimas los ojos. Mansa, sin un reproche, me acarició dulcemente.

En su prisión fué entrevistado Vicente Medina por uno de nuestros redactores

Por LÓPEZ DE MOLINA

CUANDO el gran poeta murciano termina de leernos su desgarrante "¡Camita estrecha!", que el lector hallará en esta misma página, nos ponemos de pie y los brazos se nos abren para estrecharlo contra nuestro corazón. Los ojos de Vicente Medina están cuajados de lágrimas y experimentamos que una sensación dolorosa, mezclada de rebeldía, nos sube desde las raíces del corazón.

El anciano poeta hacía diez y seis años que trabajaba de cajero en una de las más importantes casas de comercio de Rosario. Fué un empleado intachable. Todos le querían y a él iban en demanda del consejo oportuno, de la palabra cordial, de la enseñanza de vida. De pronto, Vicente Medina se ve envuelto en un ruidoso proceso y se le acusa de haber defraudado a la casa donde trabajaba en complicidad con un alto empleado de la misma. Y aquí está ahora, preso, como un pájaro enjaulado que no deja de cantar, frente a nosotros, hablándonos del derrumbe de su vida, de su caída de hombre bueno.

—Confieso mi error —nos dice con voz que nos llega al alma. —Pero en estos dos años y meses que llevo privado de la libertad, he sufrido lo indecible. ¿Por qué se ensañan conmigo? ¿Es que soy, por ventura, un ser tan abyecto, tan peligroso para la sociedad, que merezco la campaña infamante de cierto periodismo que no se cansa de arrojarme puñados de lodo hasta este obscuro rincón de mi encierro? Cuanto he padecido aquí, sólo yo lo sé, y no porque se me trate mal, pues quienes vigilan mi prisión lo hacen con consideración y hasta con benevolencia. Aquí viene casi todos los días mi hija, y la pobre, con lágrimas en los ojos, me arregla este cuchitril donde paso los días y las noches. Aquí también viene mi hijo, con quien converso horas enteras como si quisiera decírselo todo de una vez. Aquí vienen, en fin, mis amigos, mis admiradores, todos cuantos se han sentido atraídos por la desgracia del poeta, y todos tienen para mí palabras de aliento. ¡No estoy solo en mi encierro! Muchas almas se acercan para consolarme o me escriben cartas que me reconcilian con la humanidad, tan egoísta y cruel casi siempre...



Envejecido, triste, con la mirada más cargada de pena que nunca, se halla el poeta de "Aires Murcianos" en su prisión de Rosario

Foto Flores



Retrato de Vicente Medina cuando la adversidad no lo había hundido en el encierro donde se encuentra

Foto N. N.

El poeta calla, clava sus ojos en el suelo y se queda como abstraído. Respetamos su silencio y echamos una ojeada al cuarto donde nos hallamos. No hay más que una camita —"cama de mi prisión, pobre petate", como dice el infortunado poeta, —un pequeño ropero, una pobre mesa atestada de libros y papeles y un par de sillas de asiento de madera. Todo esto es el mobiliario del poeta que vivió hasta ahora con holgura, después de largos años de miseria y de vicisitudes de toda índole. No han tenido piedad de él. No bastaron sus años de labor, no bastó su prestigio de poeta, no bastaron sus virtudes de buen ciudadano, de hombre que honra a la sociedad en que actúa. Nada de todo esto bastó, y se le condenó a cuatro años de prisión, arrancándosele del seno de la familia y de la sociedad como si fuera un vulgar delincuente, una fiera peligrosa a la que hay que encerrar para que no haga daño...

¡Bah! Pero para eso nació poeta. Tiene el don maravilloso del canto, y con él ilumina las tinieblas de su celda de monje lírico. ¡Ah, si no fuera por el encanto de los versos! Probablemente este buen viejo se hubiera estrellado la cabeza contra el muro de su prisión. Es el canto el que lo salva, y por eso, como el desdichado se embriaga para olvidar el motivo de su desgracia, Vicente Medina no cesa de derramarse en versos. Tiene varios libros inéditos que serán de lo más medular de su obra. Acaba de dar término a "Carceleras" — algunas de cuyas composiciones aparecerán en MUNDO ARGENTINO antes que en volumen,—en el cual Vicente Medina canta sus penas de preso con un acento tan impregnado de dolor humano, que nos hace daño como una quemadura que nos llegara hasta el alma. Este libro de dolor irá precedido de estas palabras de su autor:

"OJOS CON LÁGRIMAS

"Por circunstancias de la vida me he visto preso...

"¿Es esto bueno, malo, honroso, deshonroso? ¡Yo qué sé!

"Sé que de esos jardines del dolor (las prisiones) he recogido de otros desdichados, y míos también, estas flores que te ofrezco aquí, lector.

"Lo que sí sé es que, sin esta adversidad, no hubiese conocido la intensa melancolía de estos jardines del suspiro, de la esperanza, de los ojos mojados a través de duros hierros... Ojos de los que están dentro..., ojos de los pocos que vienen a mirarlos desde afuera... Unos y otros pura selección del sentimiento... Ojos arrasados de lágrimas... ¡Oh flores divinas!"

Volverá Vicente Medina a la sociedad para incorporarse con el bagaje de sus canciones; tornará para amar a los niños, a las madres, a los ancianos, a todos los seres que necesitan del amparo moral o material. Porque el poeta de "La canción triste" ha sido siempre de una bondad cristiana. Cuantos llegaron a su puerta, la encontraron abierta y para todos tuvo una palabra de amor y de esperanza.

Así se lo decimos, como lo haríamos con nuestro propio padre, y él, bondadoso siempre, responde:

—Jamás he creído que se debía obrar de otra manera. Fuí bueno como otros son malos, por fatalidad biológica. Todos mis libros están saturados de amor a la humanidad, y nunca ofendí de palabra o por escrito a nadie. Mi obra, en ese sentido, es impersonal. Tan sólo me interesó siempre el dolor, la esperanza de los hombres, sin distinción de razas. Y como premio a esta norma de conducta, véanme aquí privado de la libertad, que es como si le quisieran a uno privar del aire que respira, escarnecido por ciertos hombres que no adoran más dios que el dinero, y que se burlan de la desgracia de un poeta que tuvo la osadía de cantar en una ciudad tan enemiga del lirismo como esta donde el destino me arrojó. Porque ese es mi orgullo, amigos míos: yo, cajero de una poderosa casa de comercio, no estrangulé las musas para convertirme exclusivamente en un hombre de negocios y vivir la vida sensualista y a ras de tierra de los que no aman más que el dinero; yo, cajero de una poderosa casa de comercio que gana millones de pesos anualmente, no dejé de volcar mis impresiones en el verso puro, ni renegué de las cosas del espíritu, porque sigo creyendo que el hombre que no se preocupa más que de las satisfacciones pura-

(Continúa en la página 30)

¡Camita estrecha!... Por Vicente Medina

Cama de mi prisión, pobre petate,
camita estrecha...,
en ti me hündo..., en ti mi negro
dolor se anega...,
en ti devoro
mi soledá y mi pena...,
en ti suspiro...,
en ti cuento las horas eternas...,
y, en ahogados sollozos,
mi pecho acongojado en ti revienta...

Cama de mi prisión, pobre petate,
camita estrecha...,
te he tomado cariño,
¡quién esto me dijera!...
Es que tu ëres paz, reposo, blandura, bendito
[sueño...,
aquí en que es todo renegar, desvelo, sobresalto
[y dureza...

Cama de mi prisión, pobre petate,
camita estrecha...,
¡este vacío
de mi triste orfandad cómo lo llenas!...
substituyes el tierno regazo de la madre,
el pecho de la dulce compañera...
caigo en ti como en unos abiertos y piadosos
brazos que se me tienden y me esperan....

Cama de mi prisión, pobre petate,
camita estrecha...,
en ti mi sueño... y en ti, ¡bendito sueño!
el santo olvido mientras...
¡Oh piadoso dormir, cuando la horrible
pesadilla nos deja!...
¡pesadilla en el sueño..., pesadilla despiertos,
en que el pavor no cesa
con la impresión de estar soñando siempre
algo que nos abisma y nos aterra!...

En ti el reposo..., ¡oh este espanto del alma!...
En ti blandura y sueño, camita estrecha...
¡Pero en ti despertarme
también y hallarme en esta
prisión y contemplarme en mi caída,
derrumbe triste de mi vida entera!...

Los niños en las playas de Montevideo



UNA SIMPÁTICA MAMÁ haciendo perder el miedo al agua a su pibe, que después no quería salir del líquido elemento



INGENIOSOS CASTILLOS Y OBRAS SUBTERRÁNEAS construyen los niños con la arena de la playa, que duran lo que las ilusiones humanas, naturalmente





OTRA MAMÁ CON SU NENE experimentando la caricia del agua, que por la mañana está fresquita que da gusto permanecer en ella



TODA LA GENTE MENUDA DE LA PLAYA que anima con sus juegos y gritos de alegría el espíritu de los mayores



UN MOMENTO DE PERPLEJIDAD ENTRE LOS CONSTRUCTORES DE CASTILLOS de arena, ante el avance destructor de la marea, que no sabe nada de estética

Fotos Adami

El veraneo de los pobres

UN PROBLEMA QUE PARECE SIN IMPORTANCIA, PERO QUE ES IMPORTANTISIMO

Por Enrique GARCIA RUIZ

De entre los millares y millares de niños pobres que viven en Buenos Aires, ya tienen la suerte de "veranear", durante las vacaciones, algunos *cientos* de ellos. ¡Es bastante!—dicen nuestras autoridades escolares. ¡No es bastante! —gritamos nosotros, porque nos acordamos con profunda tristeza de los millares y millares de niños pobres—sin escuela, sin padres y sin pan,—que no gozan ni siquiera de esos pocos días de "colonias de vacaciones" de que se habla tanto.

Sin embargo, como no es ese, precisamente, el tema que deseamos tratar en esta nota, damos por resuelto (de una manera provisoria) el problema de los niños débiles que concurren a nuestras escuelas durante el año y aprovechan unos días del verano en el campo o en una playa de mar.

Queremos significar en estas líneas una verdad que a primera vista, y sin pensar mucho en ella, parecerá una enormidad, un absurdo.

Los pobres — niños, jóvenes, maduros y viejos, — que no van a la escuela, pero "van al trabajo" durante el año íntegro, ¿cuándo, dónde y cómo veranean?

A nadie se le ha ocurido, entre nosotros — que sepamos, — pensar durante un par de minutos en lo saludable, beneficioso y humanitario que sería proporcionar una semana de descanso en el campo, o en una playa de mar, a los *pobres - pobres*, es decir, a la enorme masa de trabajadores que durante el año vive hacinada de una manera horrible y vergonzosa para la civilización, tan cacareada, en las grandes capitales como Buenos Aires.

¿Sería muy costoso? ¿Sería difícil? ¿Sería imposible?

Nuestros legisladores que tanto se interesan por la salud y el bienestar de los trabajadores (cuando se aproximan los comicios), tienen a su alcance y sin salir del mismo local del Congreso, abundantes empleados y oficinas de estadística, amén de los especializados en toda clase de cálculos y que cobran excelentes sueldo del Estado, como para hacer un bien aproximado presupuesto de gastos para ello.

Tales gastos, claro está, no correrían por cuenta exclusiva del Estado, porque eso sería ya mucho pedir, pero ¿es que no existe más bolsa que la del Estado?



He aquí la vivienda de los pobres. Precisamente los infelices mortales que viven en estos antros inmundos son los que ni siquiera tienen la esperanza de unos días de vacaciones

Así como la ley se preocupa de la asistencia médica del obrero, puede ocuparse del asueto, o de las vacaciones, del obrero durante una o dos semanas cada verano. Las grandes fábricas, los grandes talleres, deberían, según la ley que hace falta, dar al obrero quince días de asueto con *goce de sueldo* y un pequeño suplemento en calidad de "aguinaldo" que el Estado emplearía proporcionalmente en obtener, para ese obrero, quince días de "campo" o de "playa de mar", de una manera parecida a la que se emplea para los "niños débiles". ¿Y qué menos que "niños débiles" resultan, a la larga, esos miles de hombres y miles de mujeres que trabajan en los grandes talleres de la ciudad y habitan durante el año los rincones más obscuros, sucios e incómodos?

Si la vida moderna ofrece ese absurdo de los grandes hacinamientos humanos en lugares determinados, y que nosotros conocemos con el nombre de "ciudades", no es menos cierto que detrás de ellas, de las ciudades, está el campo y que es necesario al organismo ir hacia él en busca de aire puro, de quietud y de belleza. Las tres cosas producen por resultado un tipo humano mejor, más sano de cuerpo y de espíritu. Los hombres enfermos

(Continúa en la



La pileta común donde se lavan ropas y cacerolas. Ella sería también el baño de los habitantes del conventillo, si el pudor no les contuviera



Familia pobre, cuya única ambición sobre la tierra es que no le falte jamás el mísero cuarto que ocupa y el triste pan que come



Vista de las sierras de Córdoba, en donde pasaría muy bien sus vacaciones la gente pobre, si un día se convirtiera en realidad lo que aún sólo es un anhelo de MUNDO ARGENTINO

Fotos Padilla y Martín González

El deporte en el extranjero



CON UN CORREDOR DE BOLSA DE SAN FRANCISCO acaba de comprometerse matrimonialmente la campeona de tennis norteamericana Helen Wills, ignorándose si la famosa jugadora abandonará el deporte después de realizado su enlace

Foto Sport y General



EN PLENA CARRERA con "skies" se ve en este grabado a un cultor del deporte de invierno que más favorecido se halla en Suiza

Foto Herbert



FRANCIS LINDSAY Y HARRY L. RICHARDSON, considerados como dos de los mejores competidores de cross-country de Estados Unidos

Foto Herbert



UNA IMPORTANTE CARRERA EN LA QUE TOMARON PARTE INGLESES Y JAPONESES se disputó recientemente en Inglaterra, venciendo el equipo británico después de meritorios esfuerzos



ARTHUR NEWTON, corredor británico de largas distancias que se está entrenando para disputar una prueba con Peter Gavuzzi. El premio es de cien libras esterlinas

Foto Central News

De la Capital Federal y del exterior



DEMOSTRANDO QUE EL FOOTBALL ES EL DEPORTE MÁS POPULAR ENTRE NOSOTROS, acaban de inaugurarse los cursos para la enseñanza del reglamento de ese juego en la Academia Argentina de Referees

Foto N. N.

POR KNOCK-OUT venció el boxeador peruano Icochea al chileno Suárez en Chile

Foto: Martín González



TÉCNICOS CONSTRUCTORES egresados de la Escuela Industrial de la Nación. De pie, de izquierda a derecha: H. R. Santucho, F. López, M. Ghiglino, J. C. Meozari, A. Cassani, J. Sottili y L. Álvarez. Sentados, segunda fila: V. Troillet, S. Kohan, S. Yacubsohn, A. Ramírez, A. Vilas y R. Maisonnave, En la primera fila: V. Gallego, C. Pozzi y H. Vahiano

Foto Caffaro



CELEBRANDO SU REINCORPORACIÓN AL EJÉRCITO, un núcleo de amigos le ofreció una demostración al subteniente Pedro V. Mórtola, el cual, como se sabe, se vió envuelto en un ruidoso proceso

Foto N. N.





El Verdadero Héroe de la Jornada

"Dos días antes del partido, el arquero sufrió un accidente, torciéndose el tobillo. La hinchazón era tan grande que no podía ni calzarse el botín. Debo agregar que el punto fuerte de nuestro "eleven" lo constituía el goalkeeper. Como entrenador del cuadro me sentía responsable ante una posible derrota. Nada había dado resultado hasta que acudí al LINIMENTO DE SLOAN. Dos suaves aplicaciones y, 48 horas después, el "crédito" del equipo hacía tres atajadas formidables y salvaba el partido."

La composición del LINIMENTO DE SLOAN está basada en la antigua fórmula que emplean los masajistas y entrenadores atléticos en Europa y Estados Unidos. Los adelantos de la terapéutica moderna han permitido perfeccionarla hasta hacer de ella el tratamiento indispensable en todos los casos de dolores musculares producidos por golpes, torceduras, neuralgias, reumatismos, etc. Su acción calmante, tonifica los músculos y activa la circulación, sin necesidad de fricciones. Lleve siempre, con su equipo deportivo, un frasco de LINIMENTO DE SLOAN.

GRATIS M.-A.2

Remítanos este cupón y le enviaremos gratis y libre de porte UN FRASCO MUESTRA DE LINIMENTO DE SLOAN y el interesante librito SUEÑOS Y FORTUNAS.

Nombre..........

Localidad.......... *F. C.*.....

W. R. WARNER & CO. INC.
Sarmiento 3401. Bs. Aires



LINIMENTO DE SLOAN
MATA DOLORES

Notas de nuestra metrópoli





NETAMENTE SE IMPUSO EL PUGILISTA ITALIANO VICTORIO VENTURI en el match que sostuvo con el norteamericano Cleary Janes, quien sufrió un recio castigo y perdió por puntos, a pesar de las artimañas de que se valió y que fueron reprobadas por el numeroso público que ocupaba el estadio de River Plate. En el grabado de la izquierda se ve a Janes con sus segundos en el momento que le eran vendadas las manos. En el de la derecha, aparece el vencedor, Venturi, también con sus segundos, instantes antes de iniciarse el encuentro en que demostró gran acometividad y entusiasmo

Foto Lousán



OLINDA BOZÁN, la aplaudida actriz cómica argentina, encabezará la compañía que en la temporada próxima actuará en la Comedia, acompañada de Paquito Bustos y José Otal

Foto F. Bixio y Cía.



"CADA LECHÓN EN SU TETA ES EL MODO DE MAMAR", sainete de Cirilo Peña, se estrenó en el Buenos Aires por la compañía de Buschiazo-Mangiante. Los artistas que intervinieron en la obra

Foto Padilla

Información Gráfica del Sábado y Domingo



FÁCILMENTE VENCIÓ EL URUGUAYO GUILLERMO SILVA al norteamericano Harry Fay en el encuentro de boxeo que se realizó en el estadio de River Plate. El vencedor y el vencido, minutos antes de efectuarse la pelea





EL PRESIDENTE del Automóvil Club Argentino, señor Agustín Motto, empuñando la bandera, espera el instante de dar la señal de partida al primer coche



REUNIÓ CONSIDERABLE PÚBLICO la largada del Gran Premio Nacional de Automovilismo, la más importante prueba que se realiza en el país. En círculo: Paris Giannini, el conocido corredor que murió con su acompañante al volcarse el coche que guiaba

CELEBRANDO el tercer aniversario de la fundación del Círculo Celta y con motivo también del tercer aniversario del vuelo del "Plus Ultra", se llevó a cabo un banquete en el local de la institución mencionada



JIMÉNEZ E IGLESIAS, dos conocidos aviadores españoles, han sido autorizados por el gobierno de su país para emprender con el "Jesús del Gran Poder" un gran vuelo directo desde España a la Argentina.



RAÚL RIGANTI y su acompañante Universo Seovane, instantes después de haber llegado a Morón, clasificándose vencedor del Gran Premio Nacional de Automovilismo, en cuya carrera participaron los más destacados volantes del país



¡LA LLEGADA DEL GANADOR! EL MOMENTO MÁS EMOCIONANTE DE LA GRAN PRUEBA, cuando Riganti y su acompañante levantan el brazo para saludar al público que los recibió con una delirante ovación



ANTONIO GAUDINO, que se clasificó primero en la primera etapa, ocupó el segundo puesto al terminar la carrera. Aquí aparece con su acompañante Alejandro Luciani

Fotos Padilla, Fernández, Bellón y Wide World

Al margen de la pantalla

Por Pedro Luis JUAREZ

TODO ES EMPEZAR

DECÍAMOS en un suelto reciente, aparecido en esta misma página, que Adolphe Menjou y su flamante esposa Kathryn Carver, no contentos con amarse en la vida real como cuadra a dos recién casados, hallaban pretexto en su trabajo cinesco para continuar arrullándose amorosamente. Nada más fácil, puesto que los papeles que, generalmente, encarnan, se prestan admirablemente para ello. Novios, casados, amigos, según lo exija el asunto de la película, nunca fálta la oportunidad para el abrazo y el beso furtivo o largamente saboreado.

Pero hete aquí que en una película que acaban de filmar, y que se intitula "Su Vida Privada", el argumento exige que "ella" le aplique una sonora bofetada a "él". Y diz que Kathryn Carver se la dió con tantas ganas, que Menjou estuvo a punto de devolvérsela. Sonriente, le explicó ella, luego, que se había posesionado tanto de su papel, que no reparó en la fuerza con que lanzara el formidable "swing". Y le dió un beso.

Pero Menjou no parece haber quedado muy convencido, y a estas horas estará pensando qué le pasará cuando a su amante esposa le toque interpretar un papel como el de Sisebuta, ponemos por caso. ¡Como se posesiona tanto de su papel!...

LO QUE COMEN LAS ESTRELLAS

SENTADA la premisa de que esos seres etéreos, ideales, que llamamos estrellas de cine, son seres humanos, llegamos fatalmente a la conclusión de que comen como el resto de los mortales.

¿Qué comen las estrellas? ¿Ambrosía? No, puesto que son entes humanos, y la ambrosía es manjar de dioses, y de una estrella a un dios media tanta diferencia como de un pitecantropo a una Venus de Milo.

Veamos, entonces, cuáles son sus platos favoritos.

John Gilbert, el eterno enamorado, se despacha diariamente un plato de carne salada con huevos fritos. Gallina rociada con cerveza y acompañada de jamón frito y coles, es otro de sus platos favoritos.

Polly Moran devora toda clase de estofados con excelente apetito. Prefiere el café al té.

Marceline Day come como un pajarito: un poco de pechuga de gallina con ensala y unos sorbos de té, constituyen su menú.

Esther Ralston se contenta con un poco de gallina fría y un vaso de leche.

Ralph Forbes, como sufre del estómago, se contenta con unos huevos pasados por agua y un poco de mermelada.

Lois Moran prefiere las costillas de cordero "a lo Gilbert", plato que jamás prueba Gilbert, a pesar de que lleva su nombre.

Norma Shaerer cuida mucho su esbeltez, y su régimen dietético está subordinado a ese fin: costillas de cordero, zanahorias cocidas, pastel de pasas y té negro.

Wallace Beery come de lo que venga.

Lon Chaney se hace preparar una mescolanza de zanahorias crudas, apio y coles aderezadas con salsa de tomates y vinagre. Hay gustos...

Joan Crawford ingiere una gelatina fría, salpimentada con mostaza. Luego, un pastel de manzana, cuya fruta come. dejando, en cambio, la pasta.

William Haines, entre sandwich y sandwich, cuenta chistes... bastante malos, según sus compañeros.

Y Marion Davies mordisquea tomates con boquerones.

Del argentino Barry Norton nada sabemos: suponemos que preferirá el puchero y el asado con cuero.



Kathryn Carver, que tomando su papel en el nuevo film "La Vida Privada", dejó "groggy" a Adolphe Menjou de una terrible bofetada



Uno de los actores que tienen mejor apetito es Wallace Beery, en cuya carrera artística tanto influyó una simple abeja

LOS INCONVENIENTES DE SER CÉLEBRE

TODO tiene su anverso y su reverso. La ley de las compensaciones se cumple con precisión matemática. Es justo. Ser célebre proporciona, indudablemente, muchas satisfacciones morales y materiales, pero ocasiona también muchas molestias y fatigas. Es lo que ocurre con las estrellas de la pantalla: su nombre recorre triunfalmente el mundo entero, ganan una barbaridad de dinero..., pero esa misma celebridad les suele amargar la vida. Un botón de muestra:

Bessie Love estaba terminando de filmar una película al aire libre, y cuando se disponía a descansar unos días de las fatigas que una filmación de esa índole supone, fué llamada con urgencia a Hollywood para que se hiciera cargo de un papel que debía filmarse en los "studios" de la empresa. No había terminado aún, cuando recibió un cable indicándole que debía ponerse, de inmediato, en viaje a Nueva York. "Descansaré en el tren", se consoló la actriz..., pero su optimismo se trocó en espanto al ver que el tren era invadido en todas las estaciones del trayecto por grupos de periodistas que deseaban reportearla, arrancarle declaraciones de su vida pública y privada, que solicitaban retratos, autógrafos, el diablo a cuatro...

Llegó, por fin, a Nueva York cansada, deshecha, nerviosa. ¡Y al día siguiente, vuelta a posar ante el objetivo! Y así día tras día y año tras año...

Cuando, por fin, logran descansar las estrellas, es porque han dejado de ser estrellas. La ley se cumple...



También la celebridad tiene sus inconvenientes. Y si no, que lo diga Bessie Love, que por eso no descansa un momento

LA ÚLTIMA ESCENA

EL cine está de duelo: con pocos días de intervalo ha perdido dos excelentes artistas: Theodore Roberts, notable actor de carácter, y Fred Thomson, el actor atleta que logró reanimar con sus personalísimas creaciones las películas de índole campera. Cada cual fué un valor positivo en su género. Roberts, mordiendo eternamente la cola del cigarro — Fred Thomson, símbolo de varonil arrogancia, han interpretado la última escena de esa gran película en la que todos somos actores: la vida. La memoria de ambos perdurará en quienes gustaban verlos en la pantalla.

EL ACTOR MÁS FEO DE LA PANTALLA

ES más feo que un susto, pero es simpático y es culto. Lo cual no quita que sea feo y que más de uno se haya apartado, medroso, de él, al ver esa cara que nada bueno presagia. Se llama Louis Wolheim, tiene la nariz chata y torcida y su aspecto físico tiene más de simio que de hombre. Es, en el fondo, un hombre bueno y, como actor, es excelente.

Estudió minería en la Universidad de Cornell. Fué allí, practicando deportes, que le aplastaron la nariz. Trabajó luego en Méjico, en tareas mineras, de donde lo ahuyentaron las revoluciones. Cierto día, en un bar, alguien, tomándolo por boxeador, le propuso desempeñar el papel de tal en una obra teatral. El proponente era nada menos que Lionel Barrymore. Wolheim aceptó, tuvo éxito, trabajó en dos o tres obras más, hasta que el director Caddo le ofreció un papel destacado en la película "Dos Caballeros Árabes". Fué su consagración. Hoy Wolheim es actor bien cotizado en el mercado cinesco..., y es, además, el actor más feo de la pantalla.

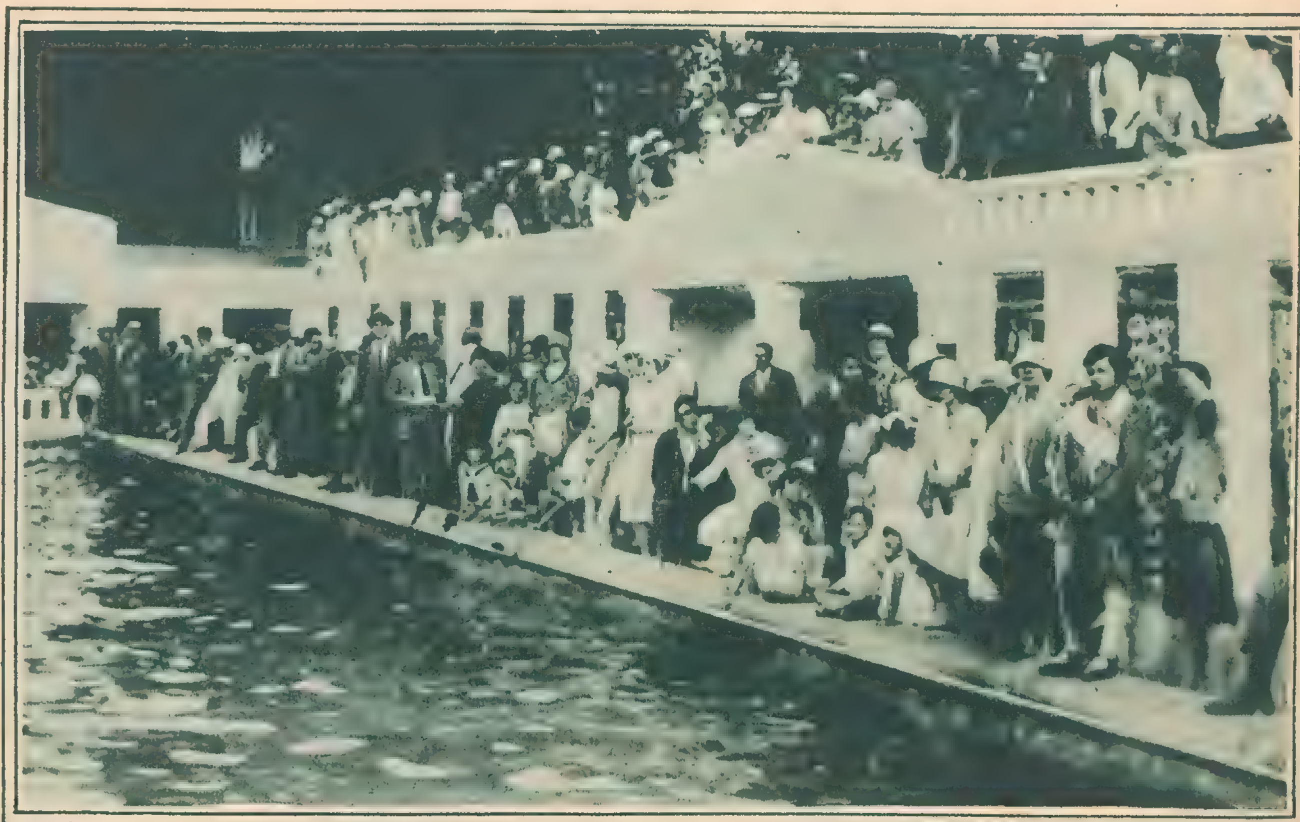
CÍRCULO VICIOSO

HOLLYWOOD está en los Estados Unidos de Norte América, y como en los Estados Unidos, etc., la gente se casa y se divorcia y vuelve casarse y vuelve a divorciarse con facilidad pasmosa, en Hollywood ocurre otro tanto, más, porque se trata de artistas que

(Continúa en la pág. 28)

De Córdoba: inauguración de la pileta de natación de Huerta Grande





NUMEROSAS FAMILIAS PRESENCIARON LAS PRUEBAS DE NATACIÓN, rodeando la hermosa piscina, una de las mejores del interior del país

SEÑORA ANA DE BÓRGOLA, la nadadora que más se destacó en el programa inaugural de la pileta de Huerta Grande, obteniendo varios premios en distintas pruebas



CLAUDIO FLATRY, del Club Neptuno, resultó vencedor en la mayoría de las pruebas que se realizaron en la inauguración de la pileta, revelándose un experto nadador



DESDE EL TRAMPOLÍN se lanza Claudio Flatry, efectuando uno de sus saltos ornamentales que tan aplaudidos fueron por la concurrencia



UN BUEN NÚMERO DE AFICIONADOS participó de las carreras, demostrando todos ellos mucho entusiasmo por el deporte de la natación

Fotos Ternengo

DE ROSARIO



SERGIO ABREGÚ, ganador de la carrera ciclística de primera categoría doble Cañada de Gómez, en la cual tomaron parte destacados corredores santafecinos



POR PUNTOS venció Kit Huber al "Carpentier rosarino" Jorge Oviedo. El encuentro despertó mucho entusiasmo entre los aficionados de Rosario



CARRERA CICLÍSTICA doble Roldán de cuarta categoría. Los ganadores: José Balsa y Domingo Fidani, primero y segundo, respectivamente



BANQUETE OFRECIDO A LOS CORREDORES que participaron en la carrera Standar, organizada por el Automóvil Club Rosario



UN MATCH DE FOOTBALL HUMORÍSTICO se realizó entre los equipos de "Alpistero" y "Ley Seca", en el cual venció el primero por el mínimo score



OBTUVO GAN ÉXITO EN ROSARIO el filósofo hindú Jinarajadasa, a quien se ve en este grabado con los miembros de la comisión organizadora de las conferencias

Fotos J. Martín

La expedición científica a las islas Orcadas



DIÓ MOTIVO A ESCENAS DE TERNURA la despedida de los abnegados muchachos que van a las islas Orcadas para trabajar en el Observatorio Meteorológico
Foto Díez





POR UN AÑO VAN A AISLARSE en el Observatorio de las Orcadas los hombres que componen la expedición científica. Son ellos: José J. Moneta, jefe de la misión, Jacobo Orlowsky, Jorge Páez Montero, Félix C. Monti, Carlos Kobi, Rómulo Devoto y el doctor Víctor Rodríguez, con permiso especial para realizar estudios de su materia
Foto Díez



BAJO EL PATROCINIO DEL COMITÉ PRO RECONOCIMIENTO DE RUSIA, se efectuó en el salón Worwarts un acto en conmemoración del quinto aniversario de la muerte de Lenin. El público durante los discursos
Foto Padilla

INFORMACION DE PROVINCIAS



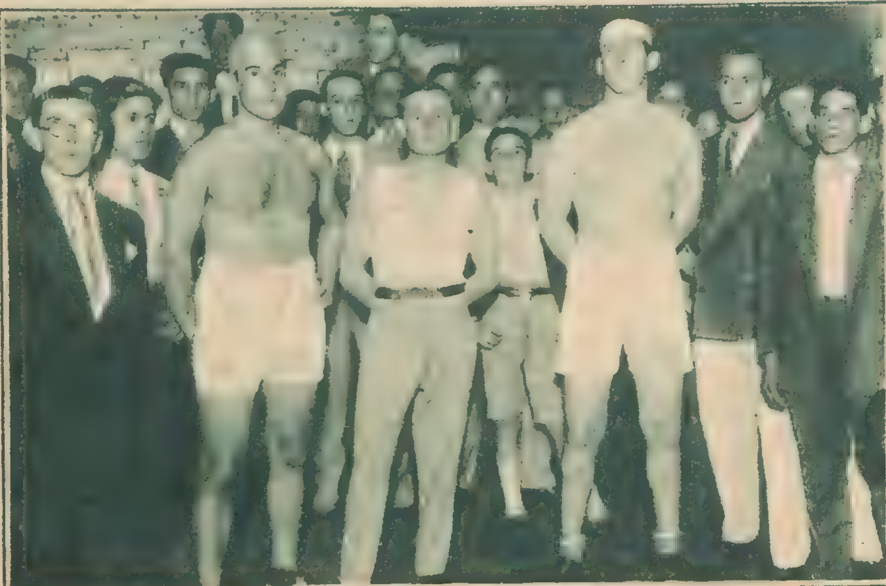
MODELO DE SOMBRERO DE FIELTRO NEGRO, con el borde de paja de Italia, contraste que lo hace muy sugestivo

Foto Henri Manuel



EN EL CLUB DE REGATAS DE CORRIENTES se efectuó una brillante reunión danzante, de la que participaron distinguidas señoritas y caballeros de la sociedad correntina

Foto Quiroga



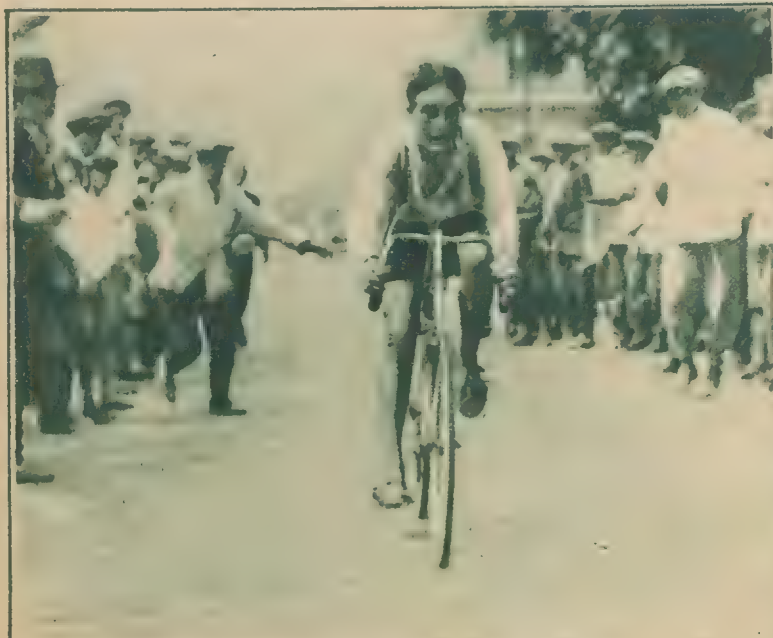
HICIERON UNA EXHIBICIÓN DE LUCHA ROMANA, en Corrientes, los aficionados Fajés y Díaz, que aparecen en esta fotografía momentos antes de efectuarse el encuentro

Foto Quiroga



EL GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE CORRIENTES, doctor González, el Ministro de Gobierno, señor Rodríguez, y el jefe de policía, señor Díaz Colodrero, durante una fiesta deportiva que se realizó en la capital mencionada

Foto Quiroga



ISIDRO CHACÓN, ciclista cordobés, ganó la gran carrera "Cumbres Chicas" en 4 horas, 43 minutos y 45 segundos, batiendo el récord, por lo que obtuvo la copa donada por nuestro colega "Córdoba"

Foto Ternengo



AGRICULTORES QUE CONCURRIERON A LA CONFERENCIA que se llevó al cabo en Tucumán, y que estuvo a cargo del agrónomo regional Bernabé G. Navarro, sobre cooperativismo y mutualidad agraria

Foto Martín

El "Palacio Salvo", mareado de altura, se ha envuelto la cabeza con una venda empapada en avisos luminosos

¿QUÉ le parecerá a Montevideo su palacio "Salvo"? ¿Qué decía la ciudad mientras, por sobre sus casitas enanas, se iba levantando la mole interminable del rascacielo?

Una vez — y de esto hace ya varios años — estábamos detenidos en la esquina de la avenida 18 de Julio y la calle Julio Herrera y Obes, que por aquel entonces llamábase Daymán, mismo donde ahora va a terminar o empezar la magnífica avenida Agraciada (treinta y tres metros de ancho y demás comodidades). Enfrente se estaba construyendo el edificio del actual teatro "Zabala". Recordamos aún el misterio que puso en la voz un señor anciano, detenido también accidentalmente en aquella esquina, al decirnos de improviso:

— Y esos locos..., ¿hasta dónde van a subir este edificio? Ya estamos peor que en Nueva York, ¿no le parece?

Y en efecto, aquel teatro "Zabala" en construcción era, para los azorados ojos de los montevideanos, un auténtico "Woolworth". Pues bien: el teatro "Zabala" es menos que un petiso de poney al lado del palacio "Salvo".

Al poco tiempo empezó a crecer el "Jockey Club". Aquello fué un asombro. Trepaban las paredes; iban subiendo y subiendo; de cuando en cuando, como una gracia en medio de la ascensión, largaban una ventanita hacia afuera, para poder gozar, sin duda, del espectáculo de la ciudad asombrada.

Después, obedeciendo a un plan de cultivo intenso, brotaron varios edificios altísimos. Mucho más altos aún por la situación de algunos de ellos sobre la avenida 18 de Julio, que es término de la cuchilla Grande.

Y un buen día — ¡que será inolvidable! — se mandó mudar "La Giralda" y apareció un hueco enorme escarbado por centenares de hombres. Desde allí empezó a subir el palacio de los señores Salvo. Y hoy..., ¡vengan a verlo! Es increíble la fuerza ascensional del cemento armado, que se ha apropiado del muro del cielo para crecer contra él, como enredadera.



Una vista panorámica de la ciudad de Montevideo, tomada desde uno de los balcones del "Palacio Salvo" Foto N. N.

MONTEVIDEO SERA SIEMPRE UN PUEBLO GRANDE

MONTEVIDEO podrá tirar al diablo todas sus tradiciones, todas sus costumbres, todas sus tendencias. Pero el destino de conservarse aldea, muy a su pesar, no podrá tirarlo a ningún lado. Para corroborar este aserto sobrevino el pánico de la ciudad frente a la torre alzada hasta apoyar un faro contra el cielo. Un miedo de aldeanos nos sobrecogió a todos. La gente creía que aquello iba a venirse abajo. Miedo instintivo era aquel sobrecogerse ante lo desmedido del edificio soslayado de nubes y apaleado de vientos.

Y no cualquiera se asustaba. Carlos Sábat Ercasty, cuya sensibilidad artística y cuya recia obra de poeta son reconocidas y aplaudidas en todo el Río de la Plata, le tiene invencible terror al palacio "Salvo". Nos confesó que nunca ha transitado por la acera del rascacielo, ni por la de enfrente, tan siquiera. Nos refirió los dilatados rodeos a que se obliga para huir de esa torre que, está firmemente convencido, va a venirse al suelo el día menos pensado, llenando de escombros hasta la altura del tercer piso todo el obscuro tajo de la avenida 18 de Julio.

La literatura nueva, con cierta superstición, se preocupó extraordinariamente del palacio "Salvo". Fuimos nosotros los primeros en tomarlo para el poema. En nuestro libro "El hombre que se comió un autobús", aparece el palacio "Salvo" en poesía. Después, medio mundo se descolgó por el tobogán poético contra el pobre edificio. Una paciencia de rascacielo debe haber precisado para soportar aquella inundación de metáforas y comparaciones. Ortiz Saralegui, un talentazo, le plantó "Palacio Salvo" a la portada de su primer libro; y Zum Felde publicó, a propósito de todo aquello, una serie de artículos titulados con el nombre del edificio.



El "Palacio Salvo", de arquitectura sorprendente, que puede considerarse la torre Eiffel de Montevideo Foto N. N.

Por **Alfredo Mario FERREIRO**

ESCALERAS, ESCALERAS, ESCALERAS...

AHORA vamos a trepar al monstruo de cemento armado.

El señor Lussich, antiguo vecino de Buenos Aires, nos rodea de atenciones cuando le solicitamos permiso para subir hasta lo más alto del edificio. Un ascensor rapidísimo nos lleva, en un santiamén, hasta el piso noveno. La amable mano del conductor de la jaula nos señala una puerta que da a la azotea del cuerpo general del edificio. De allí arranca el temible armatoste de la torre, por donde hay que transitar a pie, por obscuros dédalos de escalerillas que se van enredando en torno de un pozo aterrador de cincuenta y tantos metros — cuadratura del abismo, — que espera la jaula que está por colocarse.

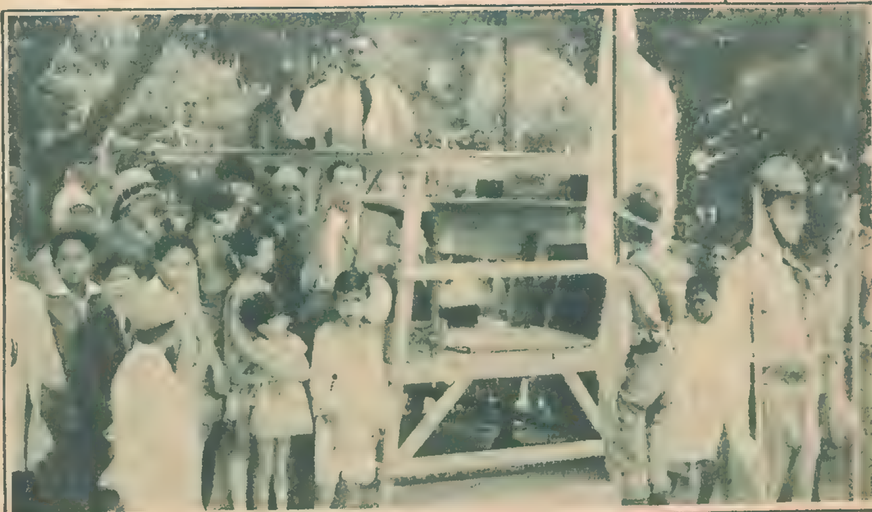
Desde los cuarenta y ocho metros que calculamos para la altura de esta azotea, tenemos que remontarnos a ciento y pico; hasta el vigésimo séptimo piso. A pie, sube que te sube. Asomándonos a los balcones que encontramos abiertos durante la ascensión; familiarizándonos con el vértigo, amansando los ojos para devorar perspectivas; afrontando el ventarrón que se cuela en cuanto uno facilita un poco las persianas o da un poco de libertad al celo de las fallebas. Entre risas y comentarios vamos transitando por aquella obscuridad que encapota las escaleras. Ya andamos por el piso veintitantos. Ya falta poco. Cruzamos la sala donde está la maquinaria del aviso luminoso rotativo que ciñe la parte alta del edificio como una vincha. Empieza a lucharse con un montón de cables sueltos, restos de material de contrucción. Rechinan los zapatos al pisotear la arena suelta. Una escalera de cemento, acaracolada, nos corta el paso de repente. Por ella ascendemos. Ahí nomás nos asaltan un viento colado y una claridad repentina. Por un huequito hecho en el cemento armado, salimos a lo más alto del palacio "Salvo". Junto a nosotros, cuidadosamente enfundado, un faro y un letrero "peligro". En torno nuestro una barandilla de barco sostenida por cuatro varillas de hierro. Sobre nuestra cabeza un afilado pararrayos. Y debajo...

DESDE ALLA ARRIBA

DE golpe la ciudad se ha convertido en una alfombra. Una alfombra cuadrada con pinturas que representan techumbres, tajos de calles, manchas de arboledas inmóviles, retazos de mar, panoramas náuticos. Todo es silencioso. No sube otro ruido que el de la animada charla de los klasones automovilísticos que andan por allá abajo — ¡ciento cinco metros! — ahuyentando los choques. Los hilos telefónicos y los cables del tranvía parecen rayas trazadas sobre el asfalto. El agente de 18 de Julio y Andes es solamente un casco y un par de manos enguantadas de blanco. Todo se alarga. Los autobús se han estirado, los tranvías también. El tránsito resulta más animado de razón. Uno empieza a prever las maniobras de los automóviles. Nos sentimos testigos ideales de una catástrofe que pueda suceder. Aspecto de vista tomada desde un "skyscraper" nuevayorquino. Resuenan los klasones. El sol tira puñaladas de luz en todas las esquinas. Las claraboyas se han calentado al rojo blanco. Los vidrios nos pellizcan las retinas con su interminable código de señales. Todas las cosas, amparándose en la comodidad de la línea recta, se han acercado. La estación Central de ferrocarriles está ahí nomás; el puerto, a poco trecho; hasta el hotel Carrasco lo encontramos próximo, mismo en una imaginaria prolongación de la avenida 18 de Julio. Y a lo lejos, como nubes rastreras, recortando el cielo — tropa de fabulosos camellos en marcha, — las sierras del Este van surgiendo con su cortejo de cerros desproporcionados.

(Continúa en la pág. 28)

Varias notas del interior



A LOS "BOY SCOUTS" DE RÍO CUARTO (Córdoba) dirigió la palabra el presbítero Martínez en la ceremonia de la jura de la bandera
Foto Agostini



PARTE DEL PÚBLICO Y MIEMBROS DE LA BANDA del regimiento 14º de Infantería durante la misa de campaña que se ofició en Río Cuarto con motivo del juramento de la bandera
Foto Agostini



MÁS DE TREINTA EQUIPOS DE FOOTBALL PARTICIPARON del Campeonato Regional de la Zona Sur de Córdoba. Se clasificó campeón el Arias F. C., de Arias, que derrotó en la final al team de Laboulaye
Foto Agostini



TEAM DE SAN LORENZO, de Mar del Plata, que resultó invicto en la última temporada de football que se realizó en la mencionada ciudad
Foto N. N.

Mañana hará trece años que murió Rubén Darío

Con motivo de cumplirse mañana el 13er. aniversario de la muerte del que fué uno de los más altos poetas de lengua española, MUNDO ARGENTINO se complace en rendirle este homenaje recordatorio reuniendo en esta página algunas de sus poesías, tomadas al acaso de su vasta obra. Cabe hacer resaltar que la primera composición, titulada "Soneto Pascual", fué una de las últimas composiciones del gran maestro, publicada después de su muerte.


Rubén Darío
Foto N. N.

En NEW YORK

Casas de cincuenta pisos,
servidumbre de color,
millones de circuncisos,
máquinas, diarios, avisos,
y dolor, dolor, dolor!...

Estos son los hombres fuentes
que vierten áureas corrientes
que multiplican simientes
por un ciclópeo fragor,
y tras la Quinta Avenida
la Miseria está vestida
con dolor, dolor, dolor!...

Sé que hay placer y que hay gloria
allí en Waldorff Astoria,
en donde dan su victoria
la riqueza y el amor,
pero en la orilla del río
sé quiénes mueren de frío,
y lo que es triste, Dios mío,
de dolor, dolor, dolor!...

Pues aunque dan millonarios
sus talentos y denarios,
son muchos más los calvarios
donde hay que llevar la flor
de la caridad divina
que hacia el pobre Dios se inclina
de dolor, dolor, dolor!...

Ir a la suprema villa
como ingente maravilla
donde todo suena y brilla
en un ambiente opresor,
con sus conquistas de acero,
con sus luchas de dinero,
sin saber que allí está entero
todo el germen del dolor.

Todos esos millonarios
viven en mármoles parios
con residuos de calvarios,
y es rojo, roja su flor.
No es la rosa que el sol lleva
ni la azucena que nieva,
sino el clavel que se abreva
en la sangre del dolor.

SONETO PASCUAL

María estaba pálida y José el carpintero;
miraban en los ojos de la faz pura y bella
el celeste milagro que anunciaba la estrella
do ya estaba el martirio que aguardaba al cordero.

Los pastores cantaban. Despacioso, postrero,
iba un carro de arcángeles que dejaba su huella.
Apenas se miraba lo que Aldebarán sella
y el lucero del alba no era aún tempranero.

Esa visión en mí se alza y se multiplica
en detalles preciosa y en mil prodigios rica,
por la cierta esperanza del más divino bien;

de la Virgen, el Niño, y el San José proscripto,
y yo, en mi pobre burro, caminando hacia Egipto,
y sin la estrella ahora muy lejos de Belén.

¿DÓNDE ESTÁS?

Estrella, ¿te has ido al cielo?
Paloma, ¿te vas de vuelo?
¿Dónde estás?
Ha tiempo que no te miro;
¿te fuiste como un suspiro
y para siempre jamás?

Vivaracha muchachita,
¿es que Puck te ha dado cita
en recóndito jardín?
¿Es que partes al llamado
de algún tierno, enamorado
serafín?

Primorosa musa mía,
mensajera de alegría,
dulce flor,
¿por qué ocultas el semblante
a los ojos de un amante
soñador?

¿Es que tienes un palacio
de diamante, de topacio,
en un mágico país?
¿Es que algún genio te manda
a Bagdad, a Samarkanda
o a París?

¿O en el carro de algún mago,
o en un cisne sobre un lago
como un ramo de jazmín
vas brindando tu delicia,
mientras suave te acaricia
un hermoso Lohengrin?

Deliciosa chiquitina
que en tu risa cristalina
das la gama del amor;
mariposa pintoresca,
siempreviva siempre fresca
de perfume embriagador.

Yo sabía
que por ti la luz del día
recelosa estaba y fiera;
que por ti sufre y se irrita
la envidiosa señorita
Primavera.

Pero, ¿dónde estás, mi vida?
Si en un bosque estás perdida,
o en un negro torreón,
donde el vivo amor te prende
de algún genio, de algún duende
de la corte de Oberón.

Si un osado caballero
como a un ángel prisionero
te llevó,
mi Zoraida, mi Fatima,
quien te busque y te redima
seré yo.

Pero mándame un mensaje
con tu enano, con tu paje,
con el viento, con el sol,
o aromado con tu aroma
que lo traiga una paloma
tornasol.

¿Vuelves? ¿Vienes? ¡Estoy triste!
Más crüel dolor no existe
que el no verte nunca más.
Dime, perla, margarita,
primorosa muchachita,
¿dónde estás?

El "Palacio Salvo", mareado de altura, se ha envuelto...

(Continuación de la pág. 25)

Los ojos tienen que esperar un rato antes de acomodarse a esta visión tan amplia. Uno quiere mirar una cosa y, a la fuerza, tiene que apechugar con diez. La isla de Flores aparece en mitad de las aguas. Se ven correr los automóviles por la rambla Wilson que une Ramírez con Carrasco. Montevideo es una ciudad inmensa. Hacia el Noroeste va disparando el caserío. Después viene la campaña de los alrededores. Allá, a lo lejos, corre un tren llevándose los vagoncitos a todo escape. Por la avenida costanera, frente a Bella Vista, marcha un regimiento de caballería. Se experimenta la sensación — un poco gastada — de volar bajo, en aeroplano.

Un viento aviónico nos sacude las ropas y nos tironea el pelo.

LA CARACTERÍSTICA DE LA CIUDAD

El palacio "Salvo" con su arquitectura de sorprendente pesadez y su facha de jirafa asustada, es la característica de Montevideo. Está en vías de eclipsar al Cerro. Se le distingue de todas partes; es la torre Eiffel de Montevideo. Como la edificación es chata, resalta la torre por sobre todas las perspectivas. Parece, desde el Cerro, el brazo en desperezo de una ciudad dormida. De cada sitio que se la contemple parece cosa distinta. Tiene cuatro sombreros de obispo custodiando la torre. La disposición interior de ésta se amolda a la caprichosa arquitectura externa, y los aposentos que así se obtienen, ofrecen una inesperada variedad de formas.

No es para Montevideo el palacio "Salvo". La mole del rascacielo ha concluído con la probabilidad de 18 de Julio como avenida de edificación razonable. Enfrente se levanta un edificio de cincuenta y tantos metros que parece enano al lado del palacio "Salvo". Y toda la ciudad juega a las escondidas, detrás suyo, con los barcos que vienen de Europa.

¡Y menos mal que al arquitecto se le ocurrió tratar el frente a base de molduras anchas! De no haberlo hecho así, la catástrofe sería irreparable.

Creemos que la belleza del rascacielo estriba en su utilidad. Paredes lisas y ventanas. Aprovechamiento interior del terreno y aprovechamiento máximo de la luz y el aire. Las molduras, los firuletes y las cargazones están bien para las casas que no tienen por qué estar consagradas a un fin dado, ni tienen que desempeñar oficio de desahogo ciudadano. Este rascacielo lo es por su altura, nada más. Es un mazacote itálico, encajado a la fuerza entre una edificación montevideana; un transatlántico amarrado para toda la vida a los muros de la plaza Independencia.

Y no hablemos de su decorado interno...

Al Margen de la Pantalla

(Continuación de la pág. 20)

son más veleidosos y caprichosos que el resto de los mortales.

Por eso en Hollywood es corriente preguntar: "¿Con quién se casa?" "¿Cuándo se divorcia?" Hay artistas que se casan y se divorcian cuatro, cinco, seis veces y aún no han cesado de casarse y divorciarse. Es algo así como un círculo vicioso sin solución de continuidad.

He aquí, según noticias recientes, los "emberretinados" en casarse y divorciarse: Virginia Valli y Charles Farrell—se casan (no se sabe cuándo se divorcian);—Julienne Johnston y Ralph Forbes se casan (Forbes hace poco obtuvo el divorcio de su primera esposa); Marie Prevost y Kennet Harlam, se casaron, se divorciaron y ahora vuelven a casarse. ¡Que los fusilen! Dolores del Río y Edward Carewe se casan (ella se divorció de su primer esposo, que falleció hace poco en París; él también es divorciado). Lila Lee y James Kirkwood, se divorcian (luego se casarán, cada uno por su lado).

¡Y siga la farra, que aquí no ha "pasao" nada!

Aventuras de Nenucho

Por GONZALEZ FOSSAT

















LA EFICACIA DEL AVISO EN "MUNDO ARGENTINO" NO ES UN EXPERIMENTO: ES UNA DEMOSTRACIÓN

En su prisión fué entrevistado Vicente Medina...

(Continuación de la pág. 11)

mente materiales, no es un hombre digno de tal título: es un ser inferior que no debe enorgullecerse de pertenecer a la humanidad...

Son las doce. Hace calor en este cuartito donde conversamos con el poeta, y experimentamos un desasosiego como si nos faltara el aire suficiente para respirar. Hemos hablado con un hombre bueno, con un alto poeta, gloria de las letras españolas, a quien la fatalidad ha golpeado hasta hundirlo... ¡Pero basta ya! ¡Clemencia para él! Este hombre debe ser indultado, y si no lo fuera, entonces habríamos cometido una irreparable injusticia.

Yo espero, como argentino, que el indulto ha de concedérsele a Vicente Medina, cual un homenaje de mi patria a este poeta español que desde hace más de veinte años trabaja y canta bajo el pabellón de nuestro cielo.

El veraneo de los pobres

(Continuación de la pág. 13)

de todas las "fobias" sociales conocidas, son producto genuino de las grandes ciudades, especialmente de las ciudades industriales, y más especialmente aún de aquellas donde abundan las "casas de inquilinato", el famoso conventillo de nuestra miseria y de nuestra vergüenza de gran capital...

Por una de esas extraordinarias jugarretas de la vida, a las cuales estamos tan acostumbrados que ya no reparamos en ellas, "veranean", es decir, se dan vacaciones de verano, "descanso", o asueto huyendo del calor, a aquellos que menos lo necesitan. Es decir: descansan los que no se cansan y huyen de un calor ilusorio aquellos que, precisamente, habitan casas con un ventilador eléctrico en cada pieza. *Cuanto más descansada y cómoda ha sido la existencia durante el año, mejor y más prolongadas vacaciones se toman.* Bien está, no nos quejamos de ello, pero sí advertimos la necesidad de buscar la manera de que el pobre trabajador tenga sus vacaciones anuales y *las goce fuera de la ciudad.*

Eso, en lo que respecta al *pobre-pobre*, es decir, al trabajador con jornal insuficiente que habita durante el año en casas de inquilinato. Pero sin olvidar, desde luego, al trabajador que no es precisamente obrero manual, sino "empleado" de casa de comercio, y que tampoco puede salir de la ciudad los pocos días al año que se le dan de "descanso", gracias a las tarifas de ferrocarriles y hoteles.

La enorme mayoría de los argentinos, de todas las categorías sociales — ricos, medianos y pobres, — desconocen las bellezas de su país por culpa de las tarifas y por culpa de los hoteles. Para los ricos, los hoteles resultan insuficientemente cómodos y prefieren irse a Europa a gastar el dinero. Para los de la "mesocracia" y los pobres, el viaje y la permanencia de unos cuantos días en un hotel significa el desequilibrio del presupuesto durante seis meses o más. Dicho queda que no salen. Veranean en las azoteas y van a la "playa" del Balneario Municipal a respirar "nafta"...

Como ya lo dijimos, estos problemas que el "verano" plantea, podrán parecer a primera vista, desprovisto de suficiente importancia como para llamar a ocupar la atención de nuestros hombres de gobierno. No lo creemos así nosotros. Por el contrario, creemos que es un problema importantísimo, pues toca la *salud física y moral* de las grandes poblaciones ciudadanas.

PAISAJES CAMPEROS

Un amanecer en la Colonia

Dib. de Pintos Rosas

Por Mario César GRAS



—Ahura, m'hija, cuando el malacara acabe 'e comer, le saca la tipa y le pone la trompeta...

BRUMOSA madrugada de mayo. Un sol esquivo, lánguido, displicente, insinuaba, medroso, sus aristas a través de la niebla, como si temiera rasgar la urdimbre de su encaje. El otoño extendía sobre los árboles la pincelada gualda de su desolación, y los pastos, abatidos por las primeras heladas, se ponían a tono, destiñéndose, rápidamente, como si los ganara una anemia letal.

Leve capa de escarcha cubría el campo con sus cristales sutiles.

El ombú, cuyas caprichosas raíces se desparramaban a flor de tierra como los tentáculos de un pulpo dormido, proyectaba su sombra magnífica sobre las cautivas y verdosas aguas del charco que algunos patos bullangueros de cuello tornasolado surcaban con garbosa majestad.

Hacía frío, pero en los ranchos de Morales toda la familia estaba en pie, entregada al trabajo cotidiano.

El paisano ultimaba los preparativos para comenzar esa mañana la roturación de su tierra; doña Casimira ordeñaba sus lecheras para aplicarse luego a la fabricación de queso, arte que le había dado celebridad en el pago, y Eduvigis, liviana y ágil, se ocupaba en cebar el espumoso mate amargo, desayuno habitual de todos, secundando al mismo tiempo a su progenitor en la tarea de aperar los caballos del arado.

En el sosiego mañanero vibraba la voz nítida de Morales ordenando algún detalle:

— A ver, m'hija..., alcánseme esa bajera... Vaya, tráigame la lesna p'aujeriar esta guasca, deb'estar clavada en la solera 'e la cosina...

Después renegaba con los caballos, recriminándolos en voz alta, como si quisiera dialogar con ellos:

— Eh, movete de ahi, sotreta... Ladiate vos, lunanca..., vení p'acá, disgraciao...., a ver si ganás lo que comés...

Doña Casimira se aproximó en ese instante, trayendo un balde de leche recién ordeñada.

— Pero, ¡Ave María, Ufemio!, parecés mangangá. No se ti oye más que hablar con los mancarrones, como si éstos jueran cristianos...

Morales, advertido del ridículo, respondió, riendo, cualquier cosa para justificarse. Terminaba de alistar el arado, y podía ya encaminarse a la chacra.

Observó atentamente el cielo, hundiendo la vista en la sutil bruma gris, como queriendo descifrar el enigma del tiempo, palpó sus bolsillos para cerciorarse si contenían los avíos de fumar; hurgó el cajón de herramientas en procura de algún utensilio olvidado; suspiró hondamente, giró sin objeto, varias veces, alrededor del arado, provocando con todo ello una pintoresca recriminación de su mujer:

— ¡Jesús, Ufemio, te vas a mariar!... ¡Das más güeltas que perro pa echarse!...

El colono aparentó no oír, penetrando, displicente, en la humosa cocina. Se acercó, solemne, al fogón, escarbó las brasas con sus dedos toscos y deformes, suspiró de nuevo, movió el pucho apagado que retenía entre sus labios finos y morenos, le aproximó un tizón para encenderlo, cerró el ojo izquierdo, a fin de evitarle la agresión del humo, chupó con fruición el cigarro, hasta convencerse de que estaba prendido, escupió a lo largo por el colmillo y retornó, silencioso, hasta donde le aguardaban su mujer y su hija.

— Chá que me siento desganao, pero ya he dentrao en el baile, y es muy fiero recular — murmuró sordamente, como queriendo explicar la razón de su actitud.

En seguida se aplicó a preparar la ración matinal para su parejero malacara, su crédito como compositor de caballos, arte que había ejercido siempre como pasatiempo, pues tenía "en la sangre", como buen gaucho, la pasión de las carreras, que en él, más que un vicio, era una especie de afición instintiva, de necesidad vital, de la que no hubiera podido prescindir jamás.

El malacara de Morales era menudo, poco vistoso, pero recio, sobrio, sufrido, como todos los caballos criollos, y como ellos, resistente a las dificultades y a las fatigas de las marchas largas y ásperas. Era incansable en el tiro y guapo, de una guapeza heroica, cuando se le exigía un esfuerzo, a veces superior a sus medios.

Cuando más joven, fué parejero de renombre en los andariveles del pago, hasta que no le quedaron rivales sin vencer, y ahora, un tanto bichoco, solía todavía dar golpe en alguna cuadrera improvisada en que el propio Morales lo corría "a lo indio", por una humorada del momento, y, en ocasiones, para cumplir una apuesta en que se jugaba, más que el dinero, el amor propio.

Mientras el flete, cubierto por una tosca manta de arpillera, masticaba ruidosamente su alimento, Morales refirió, con tono de indiferencia:

— Chulia me ha desafiao pa'l domingo... Le v'ia ganar con luz, pa que no compadree...

Doña Casimira, interesada siempre en los negocios de su marido, y apasionada como él por las carreras, inquirió, jubilosa:

—¿Y ande lo vas a correr? ¿En el camino?...

— Dejuro... Le cerré trato por cincuenta bataraces en trecientos metros...

Y agregó, con los ojos iluminados de satisfacción:

— Me va ganar si se pela... Mi malacara está bien calafatiao y más ligero que un rejucilo...

Como los caballos del arado dieran muestras de impaciencia, comenzando a piafar nerviosamente, Morales se dispuso a partir, montado en uno de ellos, un zaino charcón y escarceador, atado de ladero.

Obsesionado por la perspectiva de la proyectada carrera, sólo atinó a dar a su hija algunas instrucciones relativas al parejero.

— Ahura, m'hija, cuando el malacara acabe 'e comer, le saca la tipa y le pone la trompeta... Como yo no golveré hasta el mediodía, dentro de un rato me lo trotea en la estaca... Démele unas doce güeltas despacito...; dispués le da el verdeo y el agua, y lo ata a la sombra 'el tala...

—Ta bien, tata—bisbiseó la muchacha. Y el padre, tierno y cariñoso con aquella hija tan querida como la niña de sus ojos, no quiso dejarla sin la promesa halagadora de una recompensa.

— Si el domingo gano, le via trair confites y masitas, ¿quiere?

Agregó cualquier cosa para despedirse, y azuzando con un "vamos" a los veteranos mancarrones del arado, enderezó rumbo a la chacra cubierta, en esa época, de maleza, como toda tierra de rastrojo.

Doña Casimira y Eduvigis le vieron partir, llegar a la chacra, clavar la reja, trazar el primer surco, seguido de una nube de tordos y gaviotas que oteaban las isocas y lombrices en la tierra negra, palpitante y húmeda, volcada a cada envión del arado por la limpia y bruñida vertedera que ante la débil irradiación solar reverberaba reflejos de plata.

Después, las mujeres se entregaron a sus habituales tareas mañaneras: Doña Casimira a elaborar, a la vera del charco, sus sabrosos quesos caseros y Eduvigis a barrer, con una rústica escoba de carquieja, la amarilla alfombra de hojas secas que cubrían los alrededores de la casa, como dorado homenaje del otoño.

Se oyó la voz chillona de doña Casimira ordenar a Eduvigis:

— China, llevá este tarro 'e suero a los chanchos, y traimeló vacido.

Era interesante el trabajo de la buena mujer.

Arremangada hasta los hombros, mostraba sus robustos brazos morenos. Echaba la cuajada en la quesera y la apretaba enérgicamente con sus puños de hierro, para exprimir el suero, que corría veloz a un tacho de hojalata colocado al efecto. Luego cubría cuidadosamente la quesera con un paño blanco, blanquísimo, y prensaba su contenido con tablas, piedras y hierros viejos.

Repetía la operación ocho, diez veces, en otros tantos moldes de diverso tamaño, alineados sobre una pulcra mesa de pino. Desprensaba luego, con minuciosa precaución los pálidos quesos elaborados en el día anterior y los conducía, chorreantes aún, hasta el rústico zarzo de cañas colocado bajo el alero de la cocina, donde debían alcanzar sazón y endurecer su corteza al amparo de la brisa campera.

En la chacra Morales seguía escribiendo con la reja el poema imperecedero de la esperanza, bajo el sol tibio y bondadoso del otoño entrerriano.

"Se abre el surco como un tajo
sobre el rostro de la pálida llanura,
que escarchada se asemeja
a una página muy grande de poética blancura;
y parece que la reja
con sus surcos paralelos,
paralelamente iguales,
escribiera allí el poema de los férvidos anhelos,
esculpiera allí un poema en estrofas inmortales.

"Cada surco es como un verso,
como un verso en el que vibra la canción del Universo,
el poema Germinal;
Se abre un surco, que es un verso, y se entierra una armonía,
y la tierra la fecunda, la convierte en poesía,
y alimenta con el jugo de su seno maternal."

Un linghera

Por Armando CASCELLA

La cosa, en realidad, no merece la pena de contarse, aunque tratándose de un "linghera" nadie sabe lo que pudiera ocurrir.

Sabido es que el "linghera" es el judío errante de nuestra pampa. Solitario, silencioso, su figura simbólica, encorvada bajo el peso del bulto que le ha dado nombre, se alza como un obscuro interrogante en los cuatro horizontes de esta tierra hospitalaria.

Obscuro "nouveau-pauvre", pasajero de contrabando en los vagones vacíos, bohemio forzoso, andarín cuyos "récords" no registran ninguna columna de periódico, hombre de ojos claros y rostro sucio de polvo, ensombrecido de barba reciente, el "linghera" es el hombre enigma, el hombre de quien nadie conoce la historia, ni puede predecir la suerte.

Ayer, acaso, fué peón de albañil, peón caminero, ayudante de chacra, mediero. Hoy es un hombre que ha andado de un pueblo a otro, buscando trabajo, sin hallarlo, demasiado tiempo. En esta peregrinación ha hecho de todo: ha robado, ha matado, quizá, ha salvado a alguien de la muerte, ha cedido su puesto, generoso, a un compañero. No se sabe bien en qué ha empleado tantas horas inútiles, mientras la pátina del tiempo superponía a su silueta su actual uniforme de paria internacional. No se sabe bien lo que ha hecho, porque él no habla, ni gusta que le hablen de esto. Sólo una cosa es cierta: ha sufrido mucho, ha caminado mucho. Ha padecido hambre, sed, frío nocturno, sol abrasador, sobre la inhospitaliaria, desierta llanura pampeana.

No hay que compadecerle demasiado. Aunque esté, de hace tiempo, en la mala, es el hombre aún no caído, el hombre que busca su destino rodando a través del desierto. Un buen día, tropieza con la fortuna. Otro día, se lo lleva la muerte por delante.

Hace algún tiempo, en una lejana y solitaria estación, al abrir un vagón cubierto, vacío, inexplicablemente cerrado, hallaron un bulto obscuro, informe, apelotonado detrás de la puerta. Era un "linghera" muerto, casi seco ya, momificado por la atmósfera de horno del vagón cerrado, bajo el riguroso sol de la región.

No se hallaron papeles, ni documentos, ni nada que pudiera identificarlo. Lo enterraron sin más trámite en un hoyo que hicieron junto a la vía. Pusieron encima una cruz de palo. "Total — según la gráfica expresión del comisario del pueblo; —total, por un "linghera" no valía la pena dar tantas vueltas."

Habría sido aquel un año de miseria, un año de paralización general. Frustrada la cosecha, los vagones circulaban poco. Este en el que había sido hallado el "linghera" hacía más de un mes que estaba en el desvío. En la estación de procedencia había estado otras tantas semanas, vacío también. ¡Quién sabe desde cuánto tiempo hacía que estaba ese hombre allí, encerrado, encogido por la muerte!

Podía haber sido un hombre bueno, un hombre que buscaba afanosamente trabajo para poder enviar a su mujer, a sus hijos, al otro lado del mar, lo necesario para su sustento. Podía ser que fuera un hombre de conciencia obscurecida por algún crimen horrible y que había sido víctima, a su vez, de otra conciencia semejante a la suya. Podía ser, simplemente, que fuera un hombre solitario, un hombre sin familia, sin amigos, sin patria, que rodaba por la tierra en busca de un poco de pan, de un poco de cariño, de un poco de abrigo.

Nadie se tomó el trabajo de averiguarlo, ni creyó que valía la pena de perder el tiempo en inútiles suposiciones. Hicieron un hoyo y pusieron encima una cruz de palo. Hicieron demasiado. "Total, era un "linghera."

El sexo débil es también fuerte

Es en nuestros tiempos el hombre más fuerte que la mujer, por lo general. Cuando el predominio de ésta existe en las razas, su cuerpo es alto y se adivina en él un conjunto vigoroso y armónico. Cuando entre los galos la mujer desarrollaba sus actividades fuera de la casa, constituía el sexo fuerte. Estrabón dice que las mujeres de los galos eran más grandes y más robustas que los hombres, y lo confirman también Ammiano, el cual describe, con numerosos detalles, la formidable potencia física de aquellas mujeres.

En el Congo, la mujer es la que predomina y la que ejecuta los trabajos más pesados, y, por consiguiente, es más fuerte y está más desarrollada que el hombre. Las espartanas eran excepcionalmente robustas. Aristófanes refiere que una espartana logró estrangular con sus manos un buey. En la época de su preponderancia, las egipcias tenían el sobrenombre en todo el mundo de "leonas del Nilo".

Cuando el capitán Walles visitó Taití, encontró a la cabeza del pueblo una reina tan robusta, que podía llevarlo en brazos, como lo hubiera hecho con un niño.

En Nueva Guinea hay países donde las mujeres predominan sobre los hombres, y son tan fuertes y autoritarias, que es un espectáculo muy común el verlas pegar a los hombres con los remos de las canoas. En estas regiones, al contrario de lo que sucede en nuestros países, la fuerza bruta de la mujer es la que subyuga al hombre, físicamente más débil.

El Rincón de la Casa

Por María FERRARI

EL VICIO DE LA CONTRADICCIÓN. — Muchas de nuestras amigas tienen el defecto de contradecirnos en todo, y basta que digamos que tal color o forma de vestido nos gusta, para que ellas exclamen:

— ¡Qué mal gusto! ¡Si es un mamarracho!...



Si ellas supieran lo antipáticas que nos parecen cuando se empeñan en contradecirnos a toda hora, estamos seguras que no insistirían en esa pésima costumbre. Las personas bien educadas, aunque muchas veces disientan con otras, no tienen el mal gusto de contradecirles siempre, y sólo de cuando en cuando manifestarán su desaprobación o emitirán un juicio contrario al de las personas con quienes alternan.

La tolerancia es tan necesaria para la convivencia social como el propio aire que respiramos. Si no sabemos tolerar los gustos o apreciaciones de los demás, debemos confesar nuestra incapacidad para ser sociables, pues no es posible llevarse bien de acuerdo cuando a cada instante se está en discrepancia con los demás.

> ¡Ah, qué desgraciados serán los que no tienen hijos y qué perversos los que no quieren tenerlos!
>
> Selgas.

Las amigas que nos contradicen a menudo, opinando en contra de nuestros gustos o ideas, no son las que más queremos. ¿Por qué entonces se empeñan en contradecirnos? ¿Por qué no toleran más nuestros puntos de vista?

Es esta una de las tantas fallas de nuestra cultura. El espíritu de contradicción nos persigue con saña y no nos deja un momento de descanso, malquistándonos con aquellas personas que, precisamente, deseamos que sean siempre nuestras mejores amigas.

Hay que curarse del vicio de contradecir combatiéndolo con dosis de sana tolerancia.

PARA EVITAR LA TRASPIRACIÓN DE LOS PIES. — Después de bien bañados en agua tibia con agua de Colonia, sal marina y alumbre, se espolvorean los pies con la mezcla siguiente: talco de Venecia, 50 gramos; subnitrato de bismuto, 50; permanganato de potasa, 2; salicilato de sosa, 2.



Aplíquese esta preparación cada dos días, sin prescindir de los baños tibios dos veces al día, cuando menos. Los baños no deben durar más de diez minutos.

> Nada tan molesto como un marido celoso, pero nada tan humillante como un marido que no lo sea.
>
> Mme. de Rieux.

CONTRA EL ESTREÑIMIENTO. — El estreñimiento es el más inconfesable a la vez que el enemigo más real del mal color de la tez. Es la consecuencia de la gastritis, o de la enfecitis, en los casos más graves, o, simplemente, de una falta de régimen por un torpe empeño de resistir las necesidades naturales, cuya repetición periódica y a horas fijas, es una garantía del buen estado de nuestra salud.

La regularidad de las evacuaciones nos preserva de muchos males, de los que son los menores la acidez del estómago, las jaquecas y los vértigos, que en muchos casos acarrean serias y mortales enfermedades. Cuando se advierta tendencia al estreñimiento, hay que vigilar y corregir el régimen alimenticio. Sólo de tarde en tarde y por verdadera necesidad se debe recurrir a los purgantes y laxantes. Hay que estimular los órganos digestivos bebiendo diariamente un vaso de agua tibia o caliente, con una pulgarada de sal marina.

El principal remedio del estreñimiento es la alimentación adecuada. Las verduras y las frutas constituyen una alimentación excelente para las personas propensas al estreñimiento. Cuando éste va acompañado de dolores abdominales, da buen resultado aplicarse al vientre paños calientes o cataplasmas de harina de linaza, rociados con aceite de oliva.

> La mujer que habla a todas horas de su amado, es indiscreta; la que no habla nunca de él, es torpe.
>
> Lingrée.

Tan pronto como se advierta en el vientre pereza funcional, recúrrase a las enemas de agua caliente con una cucharada grande de aceite de oliva. Dan excelente resultado las infusiones frías de menta y de trinitaria silvestre. Se obtienen, también, buenos efectos tomando por la mañana, en ayunas, una o dos cucharadas de buen aceite de oliva. La gimnasia sueca, los masajes locales y las fricciones con agua fría suelen bastar para remediar en pocos días el estreñimiento, cuando éste no es síntoma de enfermedades graves que hagan indispensable la asistencia médica. Los ejercicios gimnásticos que se recomiendan, consisten, especialmente, en movimientos de las piernas y en flexiones de cintura. El pan de centeno es preferible al de trigo para completar un régimen alimenticio especial para combatir el estreñimiento.

> El matrimonio tiene la propiedad de variar el humor de los que lo contraen: hace con frecuencia de un hombre jovial un cascarrabias, de un galante un huraño, y también suele ocurrir que una mujer lista convierte en un badulaque a un hombre de ingenio.
>
> Dufresny.

LOS JUGUETES DEL NENE. — Personas competentes juzgan que los juguetes tiene [illegible]siderable influencia en la formación [illegible] carácter del niño. No podemos afirmar hasta qué punto tienen esa influencia, pero sí no nos cabe duda que contribuyen en alto grado a fomentar el amor a lo bello. El ejercitar la vista contribuye poderosamente al desarrollo de la inteligencia del niño, y muy particularmente juguetes con campanillas, y otros similares, por cuanto estos juguetes exigen una actividad conjunta del cerebro y del cuerpo, y asisten al desarrollo de ambos.

Los juguetes deben estimular la imaginación y el ingenio del niño. Es bueno que intente cambinar y construir a costa de algún que otro juguete roto, pues es una gran ventaja desarrollar el espíritu indagador de la criatura y su sed de conocimiento. El estudio de las costumbres de los animales y de la vida de las plantas es muy útil y bueno para los niños cuando ya son más crecidítos, ya que los induce a investigar el porqué de las cosas, aguza la reflexión y los vuelve compasivos y considerados hacia los animales.

Los juguetes para los pequeñuelos deben ser lavables, sin puntas filosas ni pintura, pues ha ocurrido que algunos niños se han intoxicado al tragar la saliva sucia con la pintura de su juguete.

Lassalle

Por Alejandro CASTIÑEIRAS

(Del libro "Soñadores y Realistas", que acaba de aparecer)

Mis primeras y desordenadas lecturas, que yo estimaba pretensiosamente de "carácter social", lejos de llevarme a una noción exacta de la realidad habían predispuesto mi espíritu para una candorosa visión de la historia. El afán analítico de que hacían gala algunos escritores materialistas no impedía el airoso vuelo de mi fantasía, empecinada en no caer prisionera en las redes de un realismo descarnado y hostil. Tan venturoso como frágil era el concepto que tenía del pasado histórico en mi adolescencia. Así, por ejemplo, la Revolución Francesa, que suponía conocerla hasta en sus más recónditos aspectos, revivía en mi imaginación cual un drama urdido por un rapsoda genial. ¡Qué poética confusión, santo Dios! Marat, Robespierre, Danton, surgían del escenario de la época como entes fabulosos o como taumaturgos poseídos por el deseo de transmutar el dolor humano en eterna dicha.

Alejandro Castiñeiras

Otro tanto ocurríame con los pocos prohombres del socialismo que conocía y especialmente por Lassalle, a quien revestía de romántico ropaje. ¡Qué Lassalle aquel! Suponíalo hermoso como Apolo, valiente como Roldán, sabio como Platón. Recuerdo que no atinaba a darle precisa ubicación histórica, detalle insignificante para mi atolondrado magín, pero, eso sí, lo veía como astro esplendoroso prodigando luz y vida a un tenebroso mundo de esclavos.

Confieso que no tenía una idea muy definida de la existencia de Lassalle. Por eso mismo, quizá, defendía a capa y espada, más que la realidad de una vida de carne y hueso, la creación de mi fantasía. Y, este mi Lassalle de los quince años, era sin duda el más romántico símbolo, la más purísima criatura de una juvenil ilusión.

Allí, en una Alemania que rebullía presintiendo la garra autoritaria de Bismarck, Lassalle aparecía para mí como verdadero padre del socialismo. Lo veía como orador, reanimar las multitudes desheredadas, señalándoles el sendero de su redención. Lo veía, frente a unos jueces cortesanos, desgarrar con su ciencia la malla sutil de la injusticia, lanzando apóstrofes y proclamando su ideal. Lo veía, ¡y cómo lo veía!, en la cárcel, altivo, callando su pena y purificando su vida en las llamas de un martirio que, si bien ignoraba en qué consistía, no por eso dejaba de suponerlo terrible. Luego veíalo en las barricadas ofrecer a la muerte su desnudo pecho, o, en las tumultuosas asambleas obreras, dictar como jefe indiscutido órdenes que todos acataban con fe ciega. Creía verlo entre las cuatro paredes de un misterioso aposento, cercado de papeles y libros abiertos, meditar, con faz ceñuda y alborotada cabellera, sobre los destinos humanos, y escribir con prosa magistral obras profundas, por mí no conocidas, pero no por eso menos admiradas. No es todo. Vida tan compleja no podía quedar reducida a un solo aspecto. Y entonces veía otro Lassalle, un Lassalle romántico y enamoradizo que, con su aureola revolucionaria, entraba de improviso a los salones de la corte para fijar su mirada en el angelical rostro de alguna dama cuyo rubor trascendía la dulce inquietud de su corazón. Y la palabra inflamada del propagandista se tornaba susurro, y la hermosa dama rehuía una respuesta que Lassalle confiaba obtener. Por supuesto, queda hecho el enredo, no faltando quién de pura envidia por la suerte del galán lo rete a duelo y, en el campo del honor, el violento choque de las espadas o el estampido de las pistolas, dan a la escena una épica dramaticidad.

Así, variada, múltiple y turbulenta, unas veces, nimbada otras de melancolía y amorosa inquietud, veía pasar por mi exaltada fantasía aquella figura extraordinaria, lindera con la leyenda.

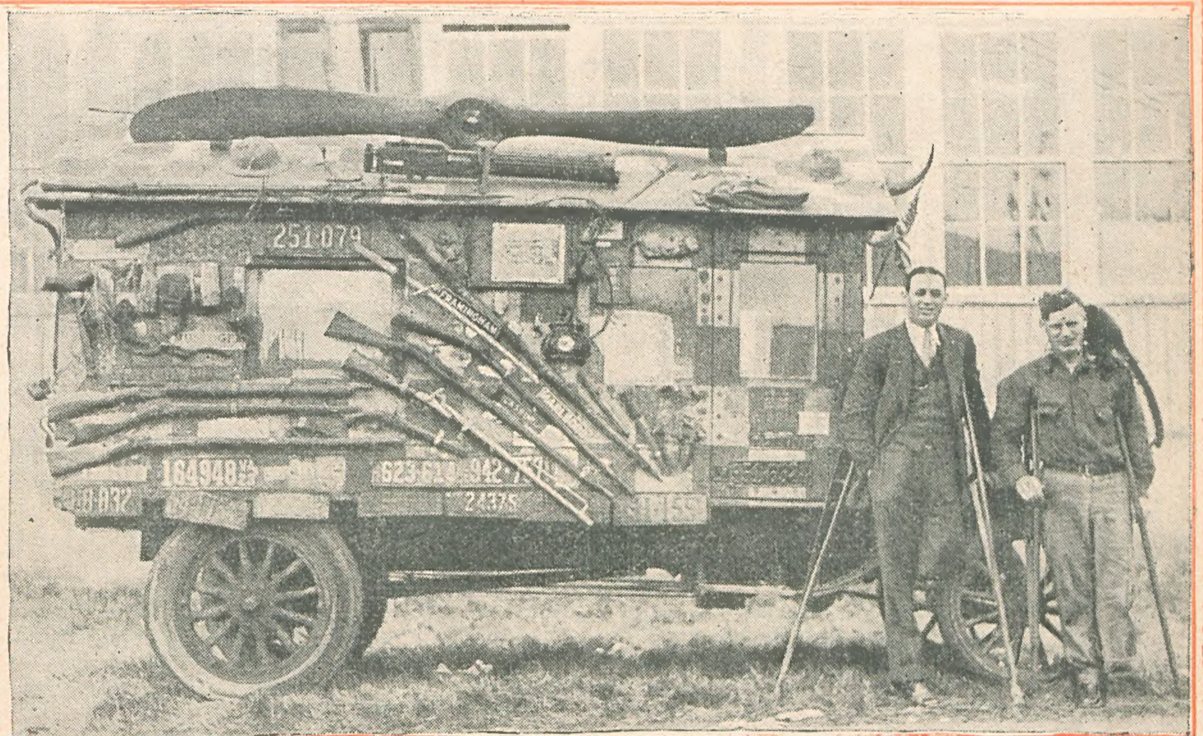
Tal era el Lassalle de mis quince años. Convengamos que tal cual lo he bocetado, removiendo las cenizas del pasado, resultaba todo un maravilloso poema. Advierto que si así lo imaginaba, debíase a superficiales lecturas enderezadas más que a dar cabal noticia de un hombre, a crear una especie de mito que yo hice mío y aun perfeccioné, con extremada licencia. ¡Qué Lassalle aquel!

Pasaron los años. Otros libros llegaron a mis manos. Creo haberlos leído con ánimo más sereno. Pude apreciar los hombres y los hechos, la realidad y la historia con un poco más de sentido crítico, y hallé la explicación racional, clara y convincente, de más de una vida y de un acontecimiento. Perdóneseme esta pretensión. Huyeron las nubes y el amanecer de una noción más firme y verídica, si bien menos poética de la historia del socialismo y de sus hombres, llevó la luz al rincón de mi alma en que vivía la imagen de Lassalle. Creía que la razón iba a entrar triunfante para deshacer las mentidas galas de mi ídolo y presentarlo tal cual era, desnudo de todo romántico ornato, cuando he aquí que se entabla áspera lucha entre lo imaginado y la realidad. Entre el Lassalle de mi adolescencia y el que surgía de una desapasionada revisión había tal afinidad que, salvo algunos aspectos, la primitiva figura pudo subsistir. Esto podrá comprobarlo, en parte, quien lea el relato que hago de la vida de Fernando Lassalle, ajustándolo a las circunstancias.

De todas partes



EN LA LOCALIDAD DE WELSH (INGLATERRA), SE REALIZAN periódicamente festivales típicos en los que la población pone de manifiesto su buen humor. He aquí dos muchachas ataviadas con los trajes característicos de la región



ESTÓS DOS INVÁLIDOS DE LA GUERRA, FRANK SHEA Y WILLIAM BURKE están recorriendo el territorio norteamericano con su coche motor, que es un muestrario de trofeos de guerra obtenidos por ellos durante la gran conflagración



DE LAS NEVADAS REGIONES DE SUIZA proviene este baile, por cierto sensacional. Para que resulte más realista, los bailarines suelen encerar los aparatos con que patinan, para que resbalen aun más. Recién cuando están libres de sufrir accidentes, es cuando pueden decir que lo saben bailar



FRENTE AL MICRóFONO HOWARD RIES Y CLARENCE HARRIS SE UNIERON EN MATRIMONIO. El acontecimiento tuvo lugar en Nueva York y fué muy comentado, por ser esta boda la primera que se ha celebrado en tal forma. De más está decir que los contrayentes, por muchos días, fueron el comentario de los millares de radioescuchas yanquis



TAL VEZ CON LA IDEA DE CORRER LA MISMA SUERTE que el joven aventurero que por hacer un viaje gratuito, se embarcó en el Conde Zeppelin, estos dos muchachos ingleses — Frank Melody y Juan Varkinia — hicieron igual cosa en uno de los barcos de la expedición Byrd, siendo desembarcados en Wellington (Nueva Zelandia), esfumándose sus preciosas ilusiones

Fotos Atlantic-Photo Co., Herbert Photos y Sport General

El Cuadro Será de Vd. si Vd. lo Pide

Retribuyendo Atenciones

1903 - 1928



La Perfumería Dubarry festeja sus Bodas de Plata.

Durante 25 años el público ha favorecido nuestros productos.

En justa correspondencia y deseando celebrar en forma amplia el acontecimiento, remitiremos completamente gratis a todas las señoras o señoritas que lo soliciten.

Un artístico cuadro de 70x50 centímetros, ejecutado a todo color.

Se trata de una verdadera obra de arte que no se podrá conseguir en otra parte a ningún precio, ya que hemos reservado todos los derechos de reproducción.

El pintor Marín, uno de los mejores acuarelistas contemporáneos, ha volcado en su artística obra toda la gama cromática de su rica paleta. El cuadro no lleva leyendas de propaganda.

Puede ir directamente de nuestra Casa a su Sala.

Si desea recibirlo a vuelta de correo remita el cupón a la

Perfumería Dubarry

Cupon Regalo



Válido hasta el 10 de febrero

Perfumeria Dubarry - Medrano 476 - Buenos Aires.

Remitan el Cuadro ofrecido a :

Nombre ....

Dirección ....

....

A cada persona entregamos solamente un cuadro
Rogamos escribir claro con tinta o lápiz indistintamente.



18

IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA. S. A.